COMO GUSTÉIS

William Shakespeare

DRAMATIS PERSONAE

El DUQUE, desterrado
El DUQUE FEDERICO, su hermano, usurpador del ducado

OLIVER, hermano mayor
Jaime, SEGUNDO HERMANO
ORLANDO, hermano menor
} hijos de don Roldán de Boys

ROSALINA, hija del Duque desterrado
CELIA, hija del Duque Federico
LE BEAU, cortesano
PARRAGÓN, bufón

ADÁN
DIONÍS
} criados de Oliver

CARLOS, luchador

JAIME
AMIENS
} seguidores del duque desterrado

CORINO
SILVIO
} pastores

FEBE
ANDREA
} pastoras

GUILLERMO, campesino
Don OLIVER MATATEXTOS, cura rural
HIMENEO

Nobles del séquito de ambos duques, pajes y acompañamiento.

I.i *Entran* ORLANDO *y* ADÁN.

ORLANDO

Recuerdo muy bien, Adán, que a mí me legó nada más que mil coronas y, como dices, al bendecir a mi hermano le encargó que me educase bien. Y ahí empiezan mis penas: envía a la universidad a mi hermano Jaime, y es muy elogiado su aprovechamiento; pero a mí me tiene en la casa a lo rústico, o, mejor dicho, me retiene aquí sin educar. Pues, ¿llamas educar a un caballero a lo que no se distingue de guardar un buey en el establo? Sus caballos están mejor cuidados, pues, además de que les luce el pienso, los adiestran, y el adiestramiento lo pagan muy bien. Pero yo, su hermano, con él sólo me gano el crecimiento, lo cual también le deben los animales de sus estercoleros. Además de esta nada que él me da en abundancia, su actitud parece que me quita lo que me dio la naturaleza. Me hace comer con los sirvientes, me niega el lugar de un hermano y, no educándome, pretende anular mi condición. Esto, Adán, es lo que me aflige, y el alma de mi padre, que creo que vive en mí, empieza a sublevarse contra esta esclavitud. No lo soporto más, aunque no sé la manera de evitarlo.

Entra OLIVER.

ADÁN

Ahí viene el amo, vuestro hermano.

ORLANDO

Adán, ponte a un lado y verás cómo me ofende.

OLIVER

Tú, ¿qué haces aquí?

ORLANDO

Nada: no me enseñan a hacer nada.

OLIVER

Entonces, ¿qué deshaces?

ORLANDO

Pues con la inacción te estoy ayudando a deshacer lo que hizo Dios, a este pobre hermano tuyo.

OLIVER

Pues ocúpate mejor y ¡fuera de aquí!

ORLANDO

¿Quieres que guarde tus cerdos y coma algarrobas con ellos? ¿Tan pródigo he sido para haber llegado a esta miseria?

OLIVER

¿Tú sabes dónde estás?

ORLANDO

Perfectamente: aquí, en tu huerto.

OLIVER

¿Y sabes ante quién?

ORLANDO

Sí, mejor que el que tengo delante sabe quién soy yo. Sé que eres mi hermano mayor y que debías reconocerme por nuestro linaje. El uso común te otorga ventaja por ser el primogénito, pero esa misma tradición no me roba mi sangre, así hubiera veinte hermanos entre tú y yo. De nuestro padre tengo tanto como tú, aunque admito que, al precederme, tú te acercas más a su nobleza.

OLIVER *[amenazándole]*

¡Mocoso!

ORLANDO *[agarrándole del cuello]*

Vamos, hermano mayor, que en esto eres un niño.

OLIVER

¿Me pones las manos encima, villano?

ORLANDO

No soy un villano. Soy el hijo menor de don Roldán de Boys. Él fue mi padre, y tres veces villano quien diga que tal padre engendró villanos. Si no fueras mi hermano, no soltaría esta mano de tu garganta hasta que esta otra te hubiera arrancado la lengua por decirlo. Te injurias a ti mismo.

ADÁN

Calmaos, queridos amos. Haya paz, por la memoria de vuestro padre.

OLIVER

¡Suéltame ya!

ORLANDO

Cuando me plazca. Y ahora óyeme. Nuestro padre dispuso en su testamento que me dieras buena crianza, y tú me adiestras como a un rústico, ocultándome los modos de todo caballero. En mí se robustece el alma de nuestro padre, y no lo soporto más. Así que concédeme la ocupación adecuada a un caballero o entrégame la triste parte que nuestro padre me dejó en testamento para que yo disponga mi suerte.

OLIVER

Y luego, ¿qué harás? ¿Mendigar cuando la hayas gastado? Muy bien, entra. De ti ya no me ocuparé; tendrás la parte que quieres. Te lo ruego, déjame.

ORLANDO

No te molestaré con nada ajeno a mi derecho.

OLIVER

Y tú vete con él, viejo perro.

ADÁN

¿Me pagáis con «viejo perro»? Gran verdad: me he quedado sin dientes sirviéndoos. Dios bendiga al antiguo amo: él no habría dicho esas palabras.

Salen ORLANDO y ADÁN.

OLIVER

Conque sí, ¿eh? ¿Empezando a propasarte? Yo curaré tu insolencia y no te daré las mil coronas. ¡Eh, Dionís!

Entra DIONÍS.

DIONÍS

¿Llamabais, señor?

OLIVER

¿No ha venido a verme Carlos, el luchador del duque?

DIONÍS

Si os complace, espera a la puerta y solicita que le recibáis.

OLIVER

Que pase.

[Sale DIONíS.]

Será un buen medio; y mañana es la lucha.

Entra CARLOS.

CARLOS

Buenos días tenga Vuestra Señoría.

OLIVER

Mi buen señor Carlos, ¿qué nuevas hay en la nueva corte?

CARLOS

En la corte no hay más nuevas que las viejas: que el viejo duque está desterrado por su hermano menor el nuevo duque, y que le acompañan en destierro voluntario tres o cuatro nobles adeptos suyos, cuyos predios y rentas enriquecen al nuevo duque. Por eso les dio plena libertad para marchar.

OLIVER

¿Sabes si Rosalina, la hija del duque, está desterrada con su padre?

CARLOS

No, porque la quiere tanto su prima, la hija del duque, pues desde la cuna se criaron juntas, que, o la sigue al destierro o se muere al quedarse sola. Está en la corte, y su tío no la quiere menos que a su hija. Jamás se vio tanto cariño entre dos damas.

OLIVER

¿Y dónde vivirá el antiguo duque?

CARLOS

Dicen que ya está en el Bosque de Arden, con muchos seguidores, y allá viven igual que aquel Robin Hood de Inglaterra. Y dicen que día tras día se unen a él multitud de jóvenes, y todos pasan el tiempo sin preocupaciones, como en la Edad de Oro.

OLIVER

Oye, tú luchas mañana ante el nuevo duque.

CARLOS

Vaya que sí, señor, y venía a informaros de algo. Me han dado a entender en secreto que vuestro hermano menor, Orlando, piensa presentarse disfrazado para luchar contra mí. Señor, mañana defiendo mi fama, y el que salga sin un hueso roto podrá hablar de suerte. Vuestro hermano es un muchacho bisoño, y por vos no quisiera tumbarle, como mi honor exigirá si se presenta. Así que, por la estima que os profeso, he venido a avisaros para que le apartéis de su propósito o aceptéis el perjuicio que le espera, pues se lo habrá buscado él mismo y contra mi voluntad.

OLIVER

Carlos, te agradezco tu estima, a la que corresponderé como es debido. Yo ya tenía noticia de la intención de mi hermano, y discretamente me he esforzado en disuadirle; pero él sigue firme. Has de saber, Carlos, que es el muchacho más terco de Francia; un ambicioso, un envidioso de los méritos ajenos, que intriga vilmente contra mí, su legítimo hermano. Así que decide tú: tanto me da que le rompas el cuello como el dedo. Y lleva cuidado, porque si le causas algún daño leve o él no se encumbra a tu costa, atentará contra ti con veneno, te atrapará con alguna artimaña, y no te dejará hasta quitarte la vida con uno u otro subterfugio. Pues te aseguro (y lo digo casi con lágrimas) que no hay nadie en el mundo que sea tan joven e infame. Hablo de él como hermano, pero, si te lo revelase por extenso, lloraría de vergüenza y tú te pondrías pálido de asombro.

CARLOS

Me alegra mucho haber venido. Si mañana se presenta, tendrá lo que merece: si no sale cojo, en la vida vuelvo a luchar. Dios guarde a Vuestra Señoría.

Sale.

OLIVER

Adiós, querido Carlos. - Y ahora, a incitar a nuestro atleta. Espero presenciar su fin, pues mi alma (y no sé por qué) le odia más que nada. Pero es caballeroso; sin escuela, aunque instruido; de noble pensamiento, hechiza a todo el mundo; y tanto le quiere la gente, sobre todo la mía, que es quien mejor le conoce, que yo me veo menospreciado. No será por mucho: el luchador lo arreglará. Sólo resta enardecer al muchacho, que es lo que ahora me propongo.

Sale.

I.ii *Entran* ROSALINA y CELIA.

CELIA

Vamos, Rosalina, querida prima, alégrate.

ROSALINA

Querida Celia, demuestro más alegría de la que siento, ¿y aún me quieres más alegre? Si no me enseñas a olvidar a un padre desterrado, no intentes enseñarme a recordar ninguna dicha extraordinaria.

CELIA

Veo que no me quieres con tanto cariño como yo a ti. Si mi tío, tu padre desterrado, hubiera desterrado a tu tío, mi padre el duque, y tú te hubieses quedado conmigo, le habría enseñado a mi cariño a aceptar a tu padre como mío. Lo mismo harías tú, si tu cariño por mí fuese tan firme y bien dispuesto como el mío por ti.

ROSALINA

Entonces olvidaré mi situación para alegrarme con la tuya.

CELIA

Sabes que mi padre no tiene más hijos que yo, ni es probable que tenga más, y te juro que, a su muerte, tú serás su heredera: pues lo que a tu padre le quitó por la fuerza, yo te lo devolveré con el cariño. Por mi honra que lo serás, y, si falto al juramento, que me vuelva un monstruo. Conque alegre, mi buena y querida Rosalina.

ROSALINA
Desde ahora voy a estarlo y a inventar juegos. A ver... ¿Qué tal el de enamorarse?
CELIA
Sí, sí, anda. Será gracioso. Pero no te enamores muy en serio, ni tampoco juegues tanto al amor que luego no puedas enrojecer y retirarte con honra.
ROSALINA
Entonces, ¿cuál será nuestro juego?
CELIA
Sentarnos y reírnos de doña Fortuna hasta echarla de su rueda, para que en adelante reparta sus dones con más equidad.
ROSALINA
Ojalá pudiéramos, pues nunca acierta al asignarlos, y con quien más se equivoca esta ciega dadivosa es con las mujeres.
CELIA
Cierto, pues cuando les da belleza apenas les da decencia, y a las que da decencia las hace muy poco atractivas.
ROSALINA
Tú mezclas el cometido de la Fortuna con el de la Naturaleza: la Fortuna decide los dones mundanos, no los rasgos naturales.

Entra [PARRAGÓN] el *gracioso.*

CELIA
No: cuando la Naturaleza ha creado a un ser hermoso, ¿no puede echarlo al fuego la Fortuna? Y aunque la Naturaleza nos da ingenio para reírnos de la Fortuna, la Fortuna, ¿no nos manda a este bufón para zanjar el asunto?
ROSALINA
Pues sí: la Fortuna le puede a la Naturaleza cuando hace que la natural bufonería estorbe al ingenio natural.
CELIA
Eso tal vez no sea obra de la Fortuna, sino de la Naturaleza, que juzga a nuestra razón natural demasiado torpe para hablar de tales diosas y nos envía a este bobo como piedra de amolar, pues la torpeza del bobo aguza el ingenio. Hola, Ingenio, ¿adónde vas?
PARRAGÓN
Señora, debéis ir a ver a vuestro padre.
CELIA
¿Os ha hecho mensajero?
PARRAGÓN
No, por mi honor: sólo me ha enviado a vos.
ROSALINA
¿Quién te ha enseñado ese juramento, bufón?
PARRAGÓN
Cierto caballero que juró por su honor que las tortas estaban buenas y juró por su honor que la mostaza no valía nada. Yo sostengo que las tortas no valían nada y que la mostaza estaba buena, y, sin embargo, el caballero no juró en falso.
CELIA
¿Cómo demuestras eso con tu pozo de ciencia?
ROSALINA
Eso, desata tu sabiduría.
PARRAGÓN
Adelantaos, acariciaos el mentón y jurad por vuestras barbas que soy un granuja.
CELIA
Por nuestras barbas (si tuviéramos), que lo eres.
PARRAGÓN

Por mi granujería (si la tuviera) lo sería. Pero quien jura por lo que no hay, no jura en falso. Tampoco ese caballero al jurar por su honor, pues honor nunca tuvo; o, si tuvo, se le fue en juramentos antes de ver tortas ni mostaza.

CELIA

Oye, ¿a quién te refieres?

PARRAGÓN

A alguien querido de tu padre el buen viejo Federico.

CELIA

El afecto de mi padre basta para honrarle. No hables más de él o un día de éstos te azotarán por maldiciente.

PARRAGÓN

Lástima que el bobo no pueda decir con cordura las bobadas que hace el cuerdo.

CELIA

A fe mía que tienes razón, pues desde que hicieron callar al poco ingenio del bufón, la poca bufonería del cuerdo luce mucho. Aquí viene *monsieur* Le Beau.

Entra LE BEAU.

ROSALINA

Con la boca llena de noticias.

CELIA

Que nos embuchará como hacen las palomas con sus crías.

ROSALINA

Pues nos va a cebar bien.

CELIA

Mejor: seremos más vendibles. - *Bon jour, monsieur* Le Beau. ¿Qué hay de nuevo?

LE BEAU

Mi bella princesa, os perdéis muy buenas diversiones.

CELIA

¿Diversiones? ¿De qué tono?

LE BEAU

¿De qué tono, señora? ¿Cómo he de responderos?

ROSALINA

Como decidan ingenio y fortuna.

PARRAGÓN

O como dicten los hados.

CELIA

Muy bien dicho, y de un brochazo.

PARRAGÓN

Si no estoy a mi altura...

ROSALINA

Estarás por los suelos.

LE BEAU

Me asombráis, señoras. Quería hablaros de una buena lucha que os habéis perdido.

ROSALINA

Pues contadnos cómo fue.

LE BEAU

Os contaré el principio y, si place a Vuestras Altezas, podréis ver el fin, pues lo mejor viene ahora y vendrán aquí mismo a ejecutarlo.

CELIA

Un principio ya muerto y enterrado.

LE BEAU

Esto es un hombre mayor con sus tres hijos...

CELIA

Así empieza un cuento muy viejo.

LE BEAU

Tres muchachos apuestos, de buen talle y presencia...

ROSALINA

Con un letrero en el cuello que dice: «Se hace saber a los presentes...».

LE BEAU

El mayor de los tres luchó contra Carlos, el luchador del duque, que pronto le derribó y le rompió tres costillas, al punto que casi no tiene esperanzas de vida. *Y* así con el segundo, y después con el tercero. Ahí yacen, y su pobre y anciano padre profiere tales quejas y lamentos que cuantos lo contemplan se le unen en su llanto.

ROSALINA

¡Ay de mí!

PARRAGÓN

Pero, *monsieur,* ¿cuál es la diversión que se han perdido las damas?

LE BEAU

Pues la que he dicho.

PARRAGÓN

Día que pasa, algo que aprendes. No sabía que romper costillas fuera diversión para damas.

CELIA

Ni yo, te lo aseguro.

ROSALINA

Pero, ¿quién más desea asistir a este recital de fragmentos? ¿Todavía hay quien suspira por la rotura de costillas? - ¿Vemos esa lucha, prima?

LE BEAU

La veréis si permanecéis aquí, pues éste es el lugar designado para la lucha, y ya están preparados para ella.

CELIA

Ahí vienen, desde luego. Nos quedamos a verla.

Clarines. Entran el DUQUE [FEDERICO], *nobles,* ORLANDO, CARLOS y *acompañamiento.*

DUQUE FEDERICO

¡Vamos! Si el joven no atiende a ruegos, que se arriesgue su ímpetu.

ROSALINA

¿Es aquél?

LE BEAU

El mismo, señora.

CELIA

¡Ah, es muy joven! Pero tiene un aire de victoria.

DUQUE FEDERICO

¿Qué tal, hija y sobrina? ¿Os habéis escabullido de casa para ver la lucha?

ROSALINA

Sí, Alteza, si nos dais licencia.

DUQUE FEDERICO

Mucho no creo que os divierta: le lleva tal ventaja... Por lástima a la edad del contrincante me afané en disuadirle, pero él no atiende a ruegos. Habladle vosotras; procurad convencerle.

CELIA

Llamadle, mi buen *monsieur* Le Beau.

DUQUE FEDERICO

Habladle. Yo me aparto.

LE BEAU

Señor contrincante, os llama la princesa.

ORLANDo

Me pongo a sus órdenes con todo respeto.

ROSALINA

Joven, ¿habéis retado al luchador Carlos?

ORLANDO

No, bella princesa: es él quien reta. Yo me presento como todos, para probar mi fuerza juvenil.

CELIA

Joven caballero, vuestro ánimo es desmesurado para vuestra edad. Habéis comprobado la fuerza de este hombre; si lo han visto vuestros ojos y vuestro entendimiento, la enormidad de vuestro riesgo os aconsejará una lucha más igual. Por vos mismo os rogamos que os mantengáis a salvo y renunciéis a vuestro empeño.

ROSALINA

Hacedlo, joven. Vuestro honor no sufrirá menoscabo. Suplicaremos al duque que detenga la lucha.

ORLANDO

Os lo ruego, no me juzguéis descortés porque incurra en la culpa de negar alguna cosa a tan bellas y excelentes damas. Que vuestros bellos ojos y nobles deseos me acompañen en la prueba: si me vence, será un deshonor para quien no fue afortunado; si me mata, morirá quien a ello está dispuesto. No causaré dolor a los míos, pues no tengo quien me llore; ni haré daño al mundo, pues en él nada poseo: en este mundo sólo ocupo un lugar que estará mejor ocupado cuando yo lo desaloje. RoSALINA

Ojalá pudiera daros la poca fuerza que tengo.

CELIA

Y yo la mía para aumentarla.

ROSALINA

Buena suerte. Ojalá me haya engañado con vos.

CELIA

¡Cúmplase vuestro anhelo!

CARLOS

Vamos, ¿dónde está ese joven gallardo que tanto desea yacer con su madre tierra?

ORLANDO

Aquí, señor, pero su deseo es más decente.

DUQUE FEDERICO

Combatiréis a un solo asalto.

CARLOS

Vuestra Alteza no tendrá que convencer del segundo a quien no pudo disuadir del primero.

ORLANDO

Si pensáis burlaros de mí después, no debéis burlaros antes. ¡Vamos ya!

RoSALINA

¡Que Hércules te asista, joven!

CELIA

Ojalá fuera invisible para agarrar al forzudo de la pierna.

Luchan.

ROSALINA

¡Ah, muchacho sin par!

CELIA

Si pudiera fulminar con los ojos, ya sé quien caería.

[*Cae* CARLOS.] *Aclamación.*

DUQUE FEDERICO

¡Basta, basta!

ORLANDO

No, Alteza, os lo ruego: aún no he entrado en calor.

DUQUE FEDERICO

¿Cómo estás, Carlos?

LE BEAU

No puede hablar, señor.

DUQUE FEDERICO

Sacadle de aquí.

[*Se llevan a* CARLOS.]

¿Cómo te llamas, muchacho?
ORLANDO
Orlando, Alteza, el hijo menor
de don Roldán de Boys.
DUQUE FEDERICO
Ojalá fueras hijo de otro hombre.
Tu padre gozó de gran estima,
mas yo siempre vi en él un enemigo.
Tu hazaña más me habría satisfecho
si tú procedieras de otra casa.
Mas queda con Dios; eres un joven gallardo...
Ojalá hubieras nombrado a otro padre.

Sale el DUQUE, [*con* LE BEAU, PARRAGÓN, *nobles y acompañamiento]*.

CELIA
En el lugar de mi padre, prima,
¿habría hecho yo esto?
ORLANDO
Más orgullo siento ahora de ser hijo
de don Roldán, el menor, y de nombre no pienso
cambiar, aunque el duque me haga su heredero.
ROSALINA
Mi padre quería a don Roldán más que a su alma,
y todos compartían su sentir.
Si sé que este joven era hijo suyo,
lágrimas le añado a mi súplica
antes de que corra un riesgo así.
CELIA
Noble prima, démosle las gracias
y confortémoslo. Me duele en el alma
la aspereza y desafecto de mi padre. –
Señor, merecéis todo elogio. Si cumplís
vuestras promesas de amor igual que ahora
habéis rebasado con creces la promesa,
haréis dichosa a vuestra amada.
ROSALINA *[quitándose del cuello una cadena]*
Señor, llevad esto por mí, esta huérfana
de la Fortuna, que más daría
si en la mano más tuviera. - ¿Vamos, prima?
CELIA
Sí. - Quedad con Dios, noble caballero.
ORLANDO
¿No puedo decir «gracias»? Derriban
lo mejor de mí, y lo que sigue en pie
es sólo un estafermo, un bulto sin vida.
ROSALINA
Nos llama. Mi orgullo cayó con mi suerte:
voy a preguntarle lo que quiere. - ¿Llamabais?
Señor, habéis luchado bien y no sólo
al adversario habéis rendido.
CELIA
¿Vamos, prima?
ROSALINA

Ya voy. - Quedad con Dios.

Sale [*con* CELIA].

ORLANDO
¿Qué emoción me oprime la lengua?
No puedo hablarle, y ella quería conversar.

Entra LE BEAU.

¡Ah, pobre Orlando, te han derribado!
Si no Carlos, algo más débil te domina.

LE BEAU
Mi buen señor, por mi amistad os aconsejo
que salgáis de este lugar. Aunque habéis recibido
alabanzas, aplausos y cariño,
el ánimo del duque es ahora tal
que tergiversa todo cuanto hicisteis.
El duque cambia. Lo que le ocurre conviene
que vos lo imaginéis, no que yo lo diga.

ORLANDO
Os lo agradezco, señor. Servíos decirme
cuál de las dos que estaban en la lucha
era la hija del duque.

LE BEAU
Ninguna, si juzgamos su conducta,
aunque, en realidad, la hija es la más alta.
La otra es la hija del duque desterrado,
y aquí la ha retenido el duque usurpador
para hacerle compañía a su hija,
pues se quieren mucho más que dos hermanas.
Mas os diré que el duque últimamente
está molesto con su noble sobrina,
y la única razón en que se funda
es que la gente alaba sus virtudes
y la compadece por la suerte de su padre;
y, por mi vida, que su mala voluntad
se va a manifestar muy pronto. Señor, adiós.
Algún día, cuando vengan tiempos mejores
procuraré vuestro afecto y amistad.

ORLANDO
Os quedo muy agradecido. Adiós.

[*Sale* LE BEAU.]

Huyo del relámpago y doy en el rayo:
de un duque cruel a un cruel hermano.
Mas, ¡celestial Rosalina!

Sale.

I.iii *Entran* CELIA y ROSALINA.

CELIA
Vamos, prima; vamos, Rosalina. Cupido me libre, ¿ni una palabra?

ROSALINA
Ni para tirársela a un perro.

CELIA
Tus palabras valen mucho para tirárselas a los perros. Tírame algunas a mí; vamos, lísiame a palabras.
ROSALINA
Entonces habría que recluir a las dos primas: la una lisiada con palabras, y la otra loca sin ninguna.
CELIA
Pero, ¿todo esto es por tu padre?
ROSALINA
No, una parte es por el padre de mi hijo. ¡Ah, cuántas espinas tiene nuestro mundo cotidiano!
CELIA
Prima, no son más que cardos festivos que te tiran jugando; si nos salimos del camino trillado, se nos pegan a las faldas.
ROSALINA
Entonces me los podría sacudir; pero los llevo muy dentro.
CELIA
Pues tose y échalos.
ROSALINA
Lo haría si, tosiendo yo, viniera él.
CELIA
Vamos, vamos; lucha con tus sentimientos.
ROSALINA
¡Ah, están de la parte de un luchador que me supera!
CELIA
Pues, buena suerte: seguro que luchas con él aunque vaya a tumbarte. Pero, cortemos el hilo de las bromas y hablemos en serio. ¿Es posible que así, tan de repente, te hayas encariñado tanto con el hijo menor de don Roldán?
ROSALINA
El duque, mi padre, quería entrañablemente a su padre.
CELIA
¿Y por esa razón tú debes quererle entrañablemente? Siguiendo esa lógica yo tendría que odiarle, pues mi padre odiaba a su padre entrañablemente. Pero yo no odio a Orlando.
ROSALINA
Ah, no le odies; hazlo por mí.
CELIA
¿Por qué? ¿No se lo merece?

Entra el DUQUE [FEDERICO] *con nobles.*

ROSALINA
Déjame que le quiera por eso, y tú quiérele porque yo le quiero. Mira, ahí viene el duque.
CELIA
Con los ojos llenos de ira.
DUQUE FEDERICO
Mujer, por tu seguridad
vete de mi corte a toda prisa.
ROSALINA
¿Yo, tío?
DUQUE FEDERICO
Tú, sobrina. Si de aquí a diez días
te encuentran a sólo veinte millas
de mi corte, morirás.
ROSALINA
Alteza, os lo suplico: permitid
que me aleje conociendo mi culpa.
Si tengo comunicación conmigo misma
o conocimiento de mis propios deseos;
si no sueño y, como espero,

no estoy loca, entonces, querido tío,
jamás he concebido el pensamiento
de agraviar a Vuestra Alteza.

DUQUE FEDERICO

Así hablan los traidores. Si sólo
con palabras pudieran exculparse,
serían tan inocentes como el cielo.
Bástete saber que no me fío de ti.

ROSALINA

Desconfianza no es prueba de traición.
Decidme en qué se fundan las sospechas.

DUQUE FEDERICO

Eres la hija de tu padre, y basta.

ROSALINA

Lo era cuando vos tomasteis el ducado;
lo era cuando vos le desterrasteis.
La traición no se hereda, Alteza, y aunque
de los nuestros la heredásemos, a mí,
¿en qué me afecta? Mi padre no fue un traidor.
Así que, Alteza, no os engañéis creyendo
que mi pobreza es traición.

CELIA

Mi querido señor, escuchadme.

DUQUE FEDERICO

Celia, por ti se quedó con nosotros,
o si no, andaría errante con su padre.

CELIA

No se quedó porque yo lo suplicara.
Fue vuestro deseo y vuestra compasión.
Yo era entonces muy pequeña para apreciarla,
mas ahora la conozco. Si ella es traidora,
yo también. Juntas siempre hemos dormido;
juntas nos hemos levantado, estudiado,
jugado y comido, y, adondequiera que íbamos,
cual cisnes de Juno íbamos juntas y unidas.

DUQUE FEDERICO

Ella es más lista que tú, y su dulzura,
silencio y mansedumbre,
llegan a la gente, y es compadecida.
Eres una ingenua: te está quitando el rango.
Cuando ya no esté, tú lucirás
más excelencia y distinción. Conque no hables.
La sentencia que he dictado es firme
e irrevocable: está desterrada.

CELIA

Extended a mí también vuestra sentencia,
señor, pues no sé vivir sin su compañía.

DUQUE FEDERICO

No seas boba. - Tú, sobrina, haz los preparativos.
Si rebasas el plazo, por mi honor
y el poder de mi palabra, que morirás.

Salen el DUQUE *y acompañamiento.*

CELIA

¡Ah, mi pobre Rosalina! ¿Adónde irás?

¿Cambiamos de padre? Te doy el mío.
Y te lo ordeno: no te aflijas más que yo.
ROSALINA
Más motivo tengo.
CELIA
No, prima. Vamos, alégrate. ¿No sabes
que el duque ha desterrado a su hija?
ROSALINA
No ha hecho tal.
CELIA
Ah, ¿no? Entonces te falta el cariño
que te enseña que somos uña y carne.
¿Vamos a dividirnos, separarnos, niña mía?
No: que mi padre se busque otra heredera.
Conque piensa conmigo el modo de escapar,
adónde ir y lo que vamos a llevarnos;
y no intentes cargar con el peso de tu suerte,
llevar sola tus penas y excluirme,
pues, por el cielo, que se oscurece de lástima,
que, digas lo que digas, nos vamos las dos.
ROSALINA
¿Y adónde iremos?
CELIA
Al Bosque de Arden a buscar a mi tío.
ROSALINA
¡Ah! Y, siendo muchachas, ¿qué peligros
nos acechan en un viaje tan largo?
Más mueve al ladrón la belleza que el oro.
CELIA
Llevaré una ropa sencilla y humilde
y me mancharé la cara de un tono ocre;
tú también. Así podremos seguir
nuestro camino sin que nadie nos asalte.
ROSALINA
¿No será mejor, puesto que soy
más alta de lo corriente, que me vista
del todo como un hombre? Con intrépida
espada al costado, venablo en mano
y, guardado en el pecho el temor de mujer,
tendré un porte ufano y marcial,
como tantos cobardes bravucones
que blasonan con las meras apariencias.
CELIA
¿Y cómo he de llamarte cuando seas hombre?
ROSALINA
Por el nombre del paje de Júpiter,
conque habrás de llamarme Ganimedes.
¿Y cuál será tu nombre?
CELIA
Uno que aluda a mi estado.
Celia ya no, sino Aliena.
ROSALINA
Prima, ¿y si intentamos llevarnos
al bufón de la corte de tu padre?
¿No sería una distracción en nuestro viaje?
CELIA

Me seguiría al fin del mundo;
deja que yo me lo gane. Vamos ya,
reunamos nuestros bienes y joyas,
pensemos en la hora propicia y en el modo
más seguro de evadir la persecución
que vendrá tras mi fuga. Y ahora marchemos
gozosas a la libertad, que no al destierro.

Salen.

II.i *Entran el antiguo* DUQUE, AMIENS, *y dos o tres* NOBLES *vestidos de cazadores.*

DUQUE
Compañeros y hermanos de destierro,
¿verdad que la costumbre hace esta vida
más grata que la del falso oropel?
Aquí en la floresta, ¿no hay menos peligro
que en la pérfida corte? Aquí no sufrimos
el castigo de Adán, el cambio de las estaciones:
ved el helado colmillo y el áspero azote
del viento invernal; cuando pega y me corta
hasta hacerme tiritar, yo sonrío y digo:
«Éstos no adulan. Son consejeros
que me hacen sentir lo que soy».
Dulce es el fruto de la adversidad,
que, como el sapo feo y venenoso,
lleva siempre una gema en la cabeza;
así, nuestra vida, aislada del trato social,
halla lenguas en los árboles, libros en los arroyos,
sermones en las piedras y el bien en todas las cosas.

AMIENS
Yo no la cambiaría. Dichosa Vuestra Alteza,
que sabe dar al rigor de la fortuna
un sentido tan grato y apacible.
DUQUE
Bueno, ¿vamos a matar ciervos? Con todo,
me apena ver a estos pobres animales
moteados, habitantes naturales
de esta soledad, con el cuerpo ensangrentado
por las flechas en su propio territorio.

NOBLE 1.°
Alteza, el melancólico Jaime también
se lamenta, y jura que, cazando,
vos sois más usurpador que el hermano
que os ha desterrado. Hoy el señor de Amiens y yo
nos habíamos escondido cuando estaba
tendido bajo un roble cuya vieja raíz
asoma al lado del arroyo que murmura
por el bosque, y a su orilla vino a agonizar
un pobre ciervo solitario, herido
por certero cazador. Y, Alteza,
los gemidos del mísero animal
eran tan violentos que su piel
parecía que estallaba; las gruesas lágrimas

corrían lastimeras, una tras otra,
por su cándido hocico; y el melancólico
Jaime observaba cómo el pobrecillo
aumentaba las aguas del arroyo
con su llanto.

DUQUE
¿Y qué decía Jaime?
¿No comentó la escena?

NOBLE 1.°
Sí, con mil símiles. Primero,
lo de llorar en un arroyo caudaloso:
«Pobre ciervo», dijo, «otorgas testamento
como los mortales, y legas de más
al que tiene demasiado». Después, lo de estar
abandonado de sus lustrosos amigos:
«Así es», dijo. «La pobreza separa
de toda compañía». Al punto pasa dando saltos
una manada bien nutrida, e, indiferente,
no se para a saludarle. Y dice Jaime:
«¡Adelante, rollizos ciudadanos!
Es la costumbre. ¿Por qué miráis
a este pobre y mísero arruinado?»
Y estuvo fustigando mordazmente
el campo, la corte y la ciudad,
y aun esta vida nuestra, jurando que no somos
más que usurpadores, déspotas y cosas peores,
que asustamos y matamos animales
en su morada propia y natural.

DUQUE
¿Y le dejasteis en esas reflexiones?

NOBLE 2.°
Sí, Alteza: llorando y meditando
sobre el ciervo sollozante.

DUQUE
Mostradme ese lugar. Me gusta
dar con él cuando está malhumorado,
porque entonces está en vena.

NOBLE 1.°
Ahora mismo os llevo a él.

Salen.

II.ii *Entra el* DUQUE [FEDERICO] con NOBLES.

DUQUE FEDERICO
¿Es posible que nadie las viese?
No puede ser. Seguro que hay cómplices
entre la servidumbre.

NOBLE 1.°
No sé de nadie que la viera.
Las damas de su cámara la ayudaron
a acostarse, y por la mañana temprano
hallaron el lecho abandonado de su dueña.

NOBLE 2.
Señor, también falta el vil bufón,
del que tanto se reía Vuestra Alteza.

Hisperia, la doncella de honor de la princesa,
confiesa que en secreto llegó a oír
a vuestra hija y a su prima elogiando
las prendas y virtudes del joven luchador
que hace poco derribó al fornido Carlos,
y cree que, dondequiera que se encuentren,
el muchacho sin duda está con ellas.

DUQUE FEDERICO

Id a casa del hermano. Traed a ese joven.
Si no está, traedme a su hermano.
Haré que lo encuentre. Id ahora mismo.
Y que no ceda la búsqueda y pesquisa
hasta que vuelvan las necias fugitivas.

Salen.

II.iii *Entran* ORLANDO y ADÁN.

ORLANDO

¿Quién va?

ADÁN

¡Ah, mi joven amo! ¡Mi noble amo,
querido amo! ¡Retrato fiel
de don Roldán! ¿Qué hacéis aquí?
¿Por qué sois ejemplar? ¿Por qué tan querido?
¿Por qué sois noble, fuerte y valeroso?
¿Cómo fuisteis tan necio que vencisteis
al robusto luchador del veleidoso duque?
Vuestra fama se os ha adelantado.
Amo, ¿no sabéis que las virtudes
de algunos son sus enemigos? Pues así
las vuestras. Noble amo, vuestros méritos
no son para vos más que santos traidores.
¡Ah, qué mundo, si todo lo digno
envenena al poseedor!

ORLANDO

Pero, ¿qué pasa?

ADÁN

¡Ah, infortunado! No paséis. El enemigo
de vuestras virtudes vive en esta casa.
Vuestro hermano... no, hermano no; el hijo...
tampoco el hijo; no pienso llamarle hijo...
de quien iba a llamarle su padre,
ha oído hablar de vuestra fama, y esta noche
se propone incendiar vuestro aposento
mientras vos dormís. Si no lo consigue
hallará otra manera de mataros:
le oí cuando hablaba de su intriga.
Esta casa no es lugar: es un matadero.
Detestadla, temedla y no paséis.

ORLANDO

¿Y adónde quieres que vaya, Adán?

ADÁN

Adonde sea, con tal que no sea aquí.

ORLANDO

¡Cómo! ¿Quieres que vaya a mendigar

o que por la fuerza de vil y ruda espada
me gane la vida como un forajido?
Así he de vivir o no sé qué haré.
Mas no robaré, por mal que lo pase.
Prefiero exponerme a la maldad
de un hermano pervertido e inhumano.

ADÁN

No lo hagáis. Tengo quinientas coronas
de la paga que ahorré con vuestro padre
para que fuesen mi cuidado y protección
cuando mis miembros no pudieran dar servicio
y echasen a un rincón mi vejez desatendida.
Tomadlas, y que Aquél que a los cuervos alimenta
y cuya providencia mantiene al gorrión,
me asista en la vejez. Aquí está el dinero,
os lo doy todo. Dejadme que os sirva.
Pareceré viejo, pero estoy sano y fuerte,
pues en mi juventud jamás vertí
licores turbulentos en la sangre,
y nunca ansié los goces deshonestos
que debilitan y consumen.
Así que mi vejez es un invierno saludable:
frío, pero benigno. Dejad que os acompañe;
os serviré como un hombre más joven
en cualquier necesidad y menester.

ORLANDO

¡Ah, buen anciano! ¡Qué bien demuestras
el servicio fiel del mundo antiguo,
que sudaba por lealtad y no por paga!
No naciste para el uso de estos tiempos,
en que sólo se suda por medrar
y el servicio se extingue con el medro
en cuanto se alcanza. Tú no eres así.
Pobre anciano, cuidando un árbol enfermo
que ni una triste flor puede dar ya
en pago de todos tus trabajos y desvelos.
En fin, vamos; iremos los dos juntos,
y antes que gastemos tus ahorros juveniles
tendremos una humilde ocupación que nos mantenga.

ADÁN

En marcha, amo, que yo os seguiré
hasta el último aliento con toda mi lealtad.
He vivido aquí desde mis diecisiete años
hasta ahora, casi ochenta, pero ya no más.
A los diecisiete muchos buscan su fortuna,
pero a los ochenta ya es muy tarde.
Mas de la fortuna no quiero otro pago
que morir bien no siendo deudor de mi amo.

Salen.

II.iv *Entran* ROSALINA *disfrazada de Ganimedes,* CELIA *de Aliena, y* PARRAGÓN *el gracioso.*

ROSALINA

¡Oh, Júpiter, qué cansado tengo el ánimo!

PARRAGÓN

A mí el ánimo me da igual, pero tengo cansadas las piernas.

ROSALINA

Me costaría muy poco deshonrar mi traje de hombre y llorar como mujer. Pero he de consolar este cuerpo frágil, pues el jubón y las calzas deben mostrar decisión ante las faldas. Conque ánimo, querida Aliena.

CELIA

Aguardad, os lo ruego. No puedo andar más.

PARRAGÓN

Prefiero aguardaros que guardaros; aunque tampoco guardaría un gran tesoro, pues creo que vais sin dinero.

ROSALINA

Bueno, esto es el Bosque de Arden.

PARRAGÓN

Sí, y más bobo yo por estar en Arden. Cuando estaba en palacio vivía en mejor sitio. Pero el viajero ha de amoldarse.

ROSALINA

Eso, amóldate, buen Parragón.

Entran CORINO y SILVIO.

Mirad quién viene: un joven y un viejo en grave coloquio.

CORINO

Así te despreciará de por vida.

SILVIO

¡Ah, Corino, si supieras cómo la amo!

CORINO

Lo imagino, pues yo también amé.

SILVIO

No, Corino. A tu edad no lo imaginas,
aunque en tu juventud amases tanto
como el que en la noche yace suspirante.
Mas si tu amor fue como el mío
(y creo que jamás nadie ha amado como yo),
¿a cuántos desatinos y dislates
te arrastró el enamoramiento?

CORINO

A miles que he olvidado.

SILVIO

Entonces nunca amaste con el alma.
Si no recuerdas la menor locura
que el amor te haya hecho cometer,
es que no has amado.
O si nunca te sentaste, como ahora yo,
a cansar a tu oyente elogiando a tu adorada,
es que no has amado.
O si nunca abandonaste compañía
como ahora me exige el sentimiento,
es que no has amado.
¡Oh, Febe, Febe, Febe!

Sale.

ROSALINA

¡Pobre pastor! Él hurga en su herida
y por un cruel azar yo encuentro la mía.

PARRAGÓN

Y yo la mía. Recuerdo que cuando estuve enamorado me rompí la espada contra una piedra, y le dije: «Toma eso por ir de noche a casa de Juana la Risas». Y recuerdo que le besé el batidor y las ubres de las vacas que había ordeñado con sus manitas agrietadas. Y recuerdo que galanteé a una planta de guisantes como si fuese ella, y que arranqué dos vainas y se las di, diciéndole con lágrimas en los ojos: «Llévalas por mí». Los enamorados nos metemos en unos líos extraordinarios. Y es que, así como todo lo vivo es mortal, todo lo vivo enamorado se muere de tonto.

ROSALINA

Hablas con más seso del que crees.

PARRAGÓN

Sí, y no sabré el que tengo hasta que me lo haya sorbido.

ROSALINA

¡Ah, Júpiter! Lo que siente ese pastor
parece que lo siento yo.

PARRAGÓN

Y yo, pero a mí ya me está flojeando.

CELIA

Os lo ruego, preguntad a ese hombre
si quiere vendernos algo de comer.
Estoy que desfallezco.

PARRAGÓN

¡Eh, tú, patán!

ROSALINA

Calla, bufón, que no es de los tuyos.

CORINO

¿Quién llama?

PARRAGÓN

Tus superiores.

CORINO

Si no, ¡qué míseros serían!

ROSALINA

¡Calla ya! - Buenas tardes tengáis, amigo.

CORINO

Y vos, noble señor, y todos.

ROSALINA

Os lo ruego, pastor, si el favor o el dinero
pueden darnos hospedaje en esta soledad,
llevadnos donde den descanso y alimento.
Aquí hay una doncella extenuada del camino
que se cae desfallecida.

CORINO

Gentil señor, la compadezco, y ojalá
(lo digo más por ella que por mí)
mis medios permitiesen aliviarla.
Mas trabajo de pastor para otro hombre
y no esquilo las ovejas que apaciento.
Mi amo es hosco de carácter
y no se afana por hallar la vía del cielo
practicando la hospitalidad. Además,
va a vender su casa, sus rebaños
y sus pastos y, estando él ausente,
ahora no hay nada de comer
en la cabaña. Mas venid a ver lo que tenemos;
mientras dependa de mí, seréis bienvenidos.

ROSALINA

¿Quién va a comprarle el rebaño y los pastos?

CORINO

El mozo que habéis visto hace un momento,
al que apenas le preocupa comprar nada.

ROSALINA

Os lo ruego, si cabe hacerlo honradamente,
comprad la casa, los pastos y el rebaño,
que nuestro dinero tendréis para pagarlos.

CELIA

Os subiremos la paga. Me gusta este sitio,
y de buena gana pasaría la vida aquí.

CORINO

Es seguro que lo venden. Venid.
Si, una vez informados, os agradan
la tierra, el beneficio y esta vida,
seré vuestro fiel servidor y al momento
iré a comprarla con vuestro dinero.

Salen.

II.v *Entran* AMIENS, JAi1VIE y otros.

[AMIENS] *Canción.*

Venga bajo el verdor
del bosque junto a mí
quien quiera unir su voz
al pájaro feliz;
que venga, aquí, aquí.
Nunca verá
más adversidad
que el frío invernal.

JAIME

Sigue, sigue. Te lo ruego, sigue.

AMIENS

Te pondrá melancólico, Jaime.

JAIME

Pues mejor. Sigue, te lo ruego, sigue, que yo sorbo melancolía de una canción como la comadreja sorbe huevos. Vamos, sigue.

AMIENS

Tengo una voz áspera y no podré complacerte.

JAIME

No quiero que me complazcas; quiero que cantes. Anda, vamos, otra estrofa. ¿No se llaman estrofas?

AMIENS

Como tú quieras, *monsieur* Jaime.

JAIME

Me da igual como se llamen: no me deben nada. ¿Quieres cantar?

AMIENS

Más porque lo pides que por mi gusto.

JAIME

Muy bien: si tengo que darle las gracias a alguien, te las daré a ti. Pero lo que llaman cortesía es como el encuentro de dos micos. Y cuando alguien me da sus gracias más sinceras, es como si le hubiera dado un céntimo y él lo agradeciese como un mendigo. Vamos, canta. - Y los que no queráis, a callar.

AMIENS

Bueno, terminaré la canción. - Señores, poned la mesa: el duque va a beber bajo este árbol. - Ha estado todo el día buscándote.

JAIME

Y yo todo el día evitándole. Para mi gusto, es muy discutidor. A mí se me ocurren tantas cosas como a él, pero yo se lo agradezco a Dios y no me jacto. Vamos con tus trinos, vamos.

TODOS

Canción.

Quien deje aspiración
por aire libre y paz,
comiendo sin temor
lo que pueda encontrar,
que venga, aquí, aquí.
Nunca verá
más adversidad
que el frío invernal.

JAIME

Para esa tonada te regalo otra letra que escribí ayer pese a mi pobre inventiva.

AMIENS

La cantaré.

JAIME

Pues ahí va:

Quien quiera el bobo hacer,
si por ahí le da,
dejándose a la vez
fortuna y bienestar,
ducdame, ducdame, ducdame.
Tontos verá
de solemnidad
quien venga a este lugar.

AMIENS

¿Qué es «ducdame»?

JAIME

Una invocación en griego para que los tontos hagan círculo. Me voy a dormir, si puedo. Si no, maldeciré a todos los primogénitos de Egipto.

AMIENS

Yo voy a buscar al duque. Su almuerzo está listo.

Salen.

II.vi *Entran* ORLANDO y ADÁN.

ADÁN

Querido amo, no puedo andar más. ¡Ah! Me muero de hambre. Voy a echarme a medir mi sepultura. Adiós, mi buen amo.

ORLANDO

¿Qué pasa, Adán? ¿Ya no tienes ánimos? Vive, anímate, confórtate. Si en este ignoto bosque hay algo salvaje, yo seré su alimento o él lo será tuyo. Te ves más próximo a la muerte de lo que estás. Anímate, hazlo por mí. Con la muerte guarda las distancias. En seguida vuelvo contigo y, si no te traigo nada de comer, te permitiré que mueras. Pero si mueres antes de que vuelva, te habrás burlado de mi esfuerzo. Eso es, ya estás animado. Yo vuelvo en seguida. Pero aquí te da el aire frío. Vamos, ven; te dejaré a cubierto y si hay algo viviente en esta soledad, no morirás por falta de sustento. ¡Animo, Adán!

Salen.

II.vii *Entran el antiguo* DUQUE, [AMIENS] y NOBLES, *vestidos de forajidos.*

DUQUE

Se habrá transformado en animal,
pues en forma humana no lo encuentro.

NOBLE 1.º

Señor, acaba de salir.

Se había puesto contento de oír una canción.

DUQUE

Si a este ser inarmónico le atrae la música,
pronto habrá disonancia en las esferas.
Buscadle y decidle que quiero hablar con él.

Entra JAIME.

NOBLE 1.º

Su presencia me ahorra el trabajo.

DUQUE

¿Qué tal, *monsieur?* ¿Qué vida es ésta
que tus pobres amigos han de solicitar
tu compañía? Vaya, ¿estás alegre?

JAIME

¡Un bufón! ¡He visto un bufón en el bosque,
un bufón de colores! ¡Mundo triste!
Tan verdad como que el pan me alimenta
he visto un bufón, que se acuesta, toma el sol
y, en lenguaje bien medido, se queja
de doña Fortuna; y era un bufón de colores.
«Buenos días, bufón», le digo. Y él: «No, señor;
bufón no me llaméis hasta que el cielo
mejore mi suerte». Entonces saca del bolsillo
un reloj de sol, lo mira con ojo apagado
y, muy sesudo, dice: «Son las diez.
Así podemos ver», dice, «cómo anda el tiempo.
Hace una hora que eran las nueve
y pasada una hora serán las once;
y así de hora en hora maduramos,
y así de hora en hora nos pudrimos,
y eso encierra una lección». Cuando oí
al bufón coloreado filosofar sobre el tiempo,
mis pulmones dieron brincos de alegría
de ver lo reflexivos que eran los bufones;
y estuve riendo sin parar una hora
de las de su reloj. ¡Noble bufón!
¡Gran bufón! El color es lo que viste.

DUQUE

¿Y quién es el bufón?

JAIME

Un gran bufón. Ha sido cortesano
y dice que la dama que es joven y hermosa
tiene un don para saberlo. Y en su cerebro,
más seco que la galleta sobrante
de una travesía, almacena un sinfín
de observaciones, que suelta de forma
quebrada. ¡Ah, quién fuera bufón!
Suspiro por un traje de colores.

DUQUE

Lo tendrás.

JAIME

No pido más, con tal de que arranquéis
de vuestro buen criterio la opinión,
crecida en demasía, de que soy
juicioso. Quiero libertad y el privilegio

tan grande como el viento de soplarle
a quien yo guste, como el de los bufones.
Y a los que más hayan crispado mis bobadas,
más haré reír. ¿Y por qué? El porqué
está más claro que la luz del día.
Cuando un bufón te pincha sabiamente
serás necio si, por mucho que te duela,
no pareces insensible a su pinchazo. Si no,
hasta la indirecta más fortuita
revelará la necedad del sabio.
Vestidme de color. Dadme licencia
para decir lo que pienso, que yo purgaré
nuestro mundo infectado hasta el final
si tiene la paciencia de tomar mi medicina.

DUQUE

¡Quita! Sé muy bien lo que harías.

JAIME

Por un céntimo, ¿qué haré sino el bien?

DUQUE

Pecado feo y perverso es censurar el pecado.
Tú mismo has sido un libertino,
más lascivo que el impulso animal,
y sobre el mundo entero arrojarías
todas las pústulas y llagas tumefactas
que cogiste en tu licencia y desenfreno.

JAIME

¿Quién que condene el lujo
ofende a alguien concreto?
¿No fluye tan copioso como el mar
hasta que refluye, agotados sus recursos?
¿A qué mujer de la ciudad he nombrado
al decir que la mujer de ciudad
lleva sobre hombros indignos ropa de príncipes?
¿Quién puede decirme que aludo a ésta
cuando su vecina es como ella?
¿O qué hombre de baja condición
no dirá que yo no he pagado sus galas,
creyendo que aludo a él y confirmando
con su propia necedad el tenor de mi discurso?
Pues ya está. Entonces, ¿qué? A ver en qué
le ofende mi lengua. Si lo pinto cabalmente,
se ha ofendido a sí mismo; si no es culpable,
mi censura vuela como el ganso bravo,
que a nadie pertenece. Pero, ¿quién viene aquí?

Entra ORLANDO *[espada en mano]*.

ORLANDO

¡Alto y no sigáis comiendo!

JAIME

Si aún no he empezado.

ORLANDO

Ni lo haréis hasta que se atienda al necesitado.

JAIME

¿De qué especie es este gallo?

DUQUE

¿Es la penuria lo que así os embravece
o despreciáis zafiamente los buenos modales
con ese incivil comportamiento?

ORLANDO

Habéis acertado en lo primero: la espina
de la flaca penuria me ha privado
de las muestras de civilidad. Mas me educaron
en palacio y cultura no me falta.
No comáis. Morirá quien toque esos frutos
antes que se atienda a mi persona y privación.

JAIME

Moriré si el remedio no es fructífero.

DUQUE

¿Qué pretendéis? Vuestra cortesía se impondrá
antes que a la fuerza impongáis la cortesía.

ORLANDO

Me muero de hambre. Dadme de comer.

DUQUE

Sentaos y comed, y bienvenido a nuestra mesa.

ORLANDO

Habláis con nobleza. Os lo ruego, perdonad.
Pensé que aquí todo era salvaje
y puse gesto imperioso. Mas quienquiera
que seáis que, en esta soledad inaccesible,
a la sombra del ramaje melancólico
dejáis pasar las horas perezosas,
si habéis gozado de tiempos mejores,
si las campanas os llamaban a la iglesia,
si os han convidado a una mesa honorable,
si habéis derramado alguna lágrima y sabéis
lo que es compadecer y ser compadecido,
que la cortesía responda a mi violencia.
Lo espero con sonrojo y envaino mi espada.

DUQUE

En verdad, he gozado de tiempos mejores,
a la iglesia me ha llamado la campana,
he comido en mesas honorables y he vertido
lágrimas nacidas de la santa compasión.
Así que sentaos como ser civilizado
y tomad a voluntad cuanto tenemos
y pueda socorrer vuestra carencia.

ORLANDO

Entonces dejad de comer por un momento,
mientras yo, como una cierva, voy en busca
del cervato para darle de comer.
Es un pobre anciano que, por puro cariño,
me acompaña fatigoso. No pienso tocar nada
hasta que él sea atendido, pues le tienen
postrado el hambre y la edad.

DUQUE

Id a buscarle, que nada comeremos
hasta que volváis.

ORLANDO

Gracias. Dios os pague este socorro.

[*Sale*.]

DUQUE
Ya ves que en la desdicha nunca estamos solos.
Este gran escenario universal
ofrece espectáculos más tristes
que la obra en que actuamos.
JAIME
El mundo es un gran teatro,
y los hombres y mujeres son actores.
Todos hacen sus entradas y sus mutis
y diversos papeles en su vida.
Los actos, siete edades. Primero, la criatura,
hipando y vomitando en brazos de su ama.
Después, el chiquillo quejicoso que, a desgana,
con cartera y radiante cara matinal,
cual caracol se arrastra hacia la escuela.
Después, el amante, suspirando como un horno
y componiendo baladas dolientes
a la ceja de su amada. Y el soldado,
con bigotes de felino y pasmosos juramentos,
celoso de su honra, vehemente y peleón,
buscando la burbuja de la fama
hasta en la boca del cañón. Y el juez,
que, con su oronda panza llena de capones,
ojos graves y barba recortada,
sabios aforismos y citas consabidas,
hace su papel. La sexta edad nos trae
al viejo enflaquecido en zapatillas,
lentes en las napias y bolsa al costado;
con calzas juveniles bien guardadas, anchísimas
para tan huesudas zancas; y su gran voz
varonil, que vuelve a sonar aniñada,
le pita y silba al hablar. La escena final
de tan singular y variada historia
es la segunda niñez y el olvido total,
sin dientes, sin ojos, sin gusto, sin nada.

Entra ORLANDO *con* ADÁN.

DUQUE
Bienvenidos. Dejad vuestra carga venerable
y que coma.
ORLANDO
Os lo agradezco muy de veras.
ADÁN
Menos mal. Yo apenas puedo hablar
para daros las gracias.
DUQUE
Bienvenidos y buen provecho. No pienso molestaros
por ahora preguntándoos por vosotros.
Vamos, música. Cantad, noble amigo.
[AMIENS] *Canción.*
Sopla, viento invernal,
pues daño nunca harás
como la ingratitud.
Tu diente es menos cruel,
porque nadie te ve,

por rudo que seas tú.
¡Eh, oh! ¡Eh, oh, el verde del bosque!
Amor es ceguera; amigos, traiciones.
¡Eh, oh, el bosque!
Es vida y es goce.

Hiela, aire glacial,
pues no podrás cortar
como lo hace el olvido.
Puedes el agua herir,
mas no eres tan hostil
como el pérfido amigo.
¡Eh, oh! ¡Eh, oh, el verde del bosque!
Amor es ceguera; amigos, traiciones.
¡Eh, oh, el bosque!
Es vida y es goce.

DUQUE
Si sois hijo del buen don Roldán,
como habéis asegurado al susurrarme
y como veo que atestigua su retrato,
fielmente copiado en vuestra cara,
sed muy bienvenido. Yo soy el duque
que tanto quiso a vuestro padre. El resto
de la historia venid a contármela a mi cueva.
Buen anciano, bienvenido seas como tu amo. –
Llevadle del brazo. - Dadme la mano
y hacedme saber la suerte que corristeis.

Salen.

III.i *Entran el* DUQUE [FEDERICO], NOBLES y OLIVER.

DUQUE FEDERICO
¿Y no has vuelto a verle? No, no es posible.
Si en mí no dominase la clemencia,
no tendría que buscar otra víctima
para mi venganza, estando tú aquí. Oye bien:
encuentra a tu hermano esté donde esté;
búscale con lámpara, de aquí a un año
tráele vivo o muerto, o nunca más
regreses a vivir en estos territorios.
Las tierras y bienes de tu propiedad
que merezcan confiscarse, quedan confiscados
hasta que tu hermano en persona te exculpe
de lo que sospecho de ti.
OLIVER
Ojalá Vuestra Alteza supiera lo que siento.
¡En mi vida he querido a mi hermano!
DUQUE FEDERICO
¡Tanto más infame! - Echadle de aquí
y que se instruya expropiación
de su casa y de sus tierras.
Sin más dilación hágase y echadle.

Salen.

III.ii *Entra* ORLANDO.

ORLANDO

Pendan mis versos, amorosas prendas. –
Diosa triforme de la noche, mira
y vela con pudor desde tu esfera
por tu virgen y reina de mi vida.
¡Rosalina! El bosque será mi libro,
y en él mi sentimiento escribiré,
para que todos vean de continuo
cantada tu excelencia por doquier.
Corre, Orlando, y graba en todos los árboles
a la bella, la pura, la inefable.

Sale.

Entran CORINO y PARRAGÓN.

CORINO

Bueno, ¿qué os parece la vida pastoril, maese Parragón?

PARRAGÓN

A decir verdad, pastor, en sí misma es buena vida, pero al ser vida de pastor, muy poca cosa. Al ser retirada, me gusta, pero, al ser solitaria, es un asco. Al ser vida de campo, me agrada, pero al no ser vida de corte, me aburre. Al ser vida sobria, fíjate, se ajusta a mi carácter, pero, al no ser abundante, me quita las ganas. ¿Tú entiendes de filosofía, pastor?

CORINO

Sólo la que enseña que, cuanto más se enferma, peor se está; que a quien no tiene medios, dinero y sosiego, le faltan tres buenos amigos; que condición de la lluvia es mojar y del fuego quemar; que el buen pasto engorda a la oveja; que la causa mayor de la noche es la falta de sol; que quien, por arte o por naturaleza no ha aprendido nada, si no lamenta su ignorancia es que es de familia muy torpe.

PARRAGÓN

Ése es un pensador de lo simple. ¿Tú has estado en la corte, pastor?

CORINO

Pues no.

PARRAGÓN

Entonces vas a condenarte.

CORINO

Espero que no.

PARRAGÓN

A condenarte y quemarte por un lado, como un huevo mal cocido.

CORINO

¿Por no haber estado en la corte?

PARRAGÓN

¡Claro! Si nunca has estado en la corte no has visto buenas costumbres; si no has visto buenas costumbres, es que las tuyas son malas; y lo malo es pecado, y por pecar te condenas. Estás en peligro, pastor.

CORINO

Nada de eso, Parragón. Las costumbres que son buenas en la corte son tan cómicas en el campo como ridículos son en la corte los usos del campo. Me dijisteis que en la corte no os saludáis sin besaros las manos. Si los cortesanos fuesen pastores, vuestra ceremonia sería poco limpia.

PARRAGÓN

La prueba, rápido. Anda, la prueba.

CORINO

Nosotros siempre andamos con nuestras ovejas y ya sabéis que su piel es muy grasa.

PARRAGÓN

Y a los cortesanos, ¿no les sudan las manos? Y la grasa del borrego, ¿no es tan sana como la del hombre? Torpe, torpe. Anda, otra prueba mejor. Venga.

CORINO

Y tenemos callos en las manos.

PARRAGÓN

Antes las sentirán vuestros labios. Torpe otra vez. Una prueba más clara, vamos.

CORINO

Y están impregnadas de brea, de curar a las ovejas. ¿Queréis que besemos la brea? Los cortesanos se perfuman las manos con algalia.

PARRAGÓN

¡Serás torpe! Tú, carnaza podrida al lado del hombre, aprende del sabio y pondera: la algalia es de origen más vil que la brea y secreción indecente de un gato. Mejora la prueba, pastor.

CORINO

Vuestro ingenio es muy cortesano para mí. Termino.

PARRAGÓN

¿Dónde, en el infierno? Dios te asista, hombre torpe. Dios te injerte, que estás muy agreste.

CORINO

Señor, soy un trabajador. Me gano el sustento y la ropa; ni odio a nadie ni envidio la dicha de nadie; me alegro del bien ajeno y me conformo con mi sino. Y mi mayor orgullo es ver pastar a mis ovejas y mamar a mis corderos.

PARRAGÓN

Otro pecado de simpleza: juntar ovejas y carneros y pretender ganarte la vida apareando ganado; ser alcahuete de un morueco y engañar a una oveja de un año con un viejo cornudo de cabeza deforme en un absurdo acoplamiento. Si no te condenas por esto, es que ni el diablo quiere pastores. Si no, no veo que puedas librarte.

CORINO

Aquí viene el joven maese Ganimedes, el hermano de mi nueva ama.

Entra ROSALINA *[leyendo un papel]*.

ROSALINA

«Desde el oeste a la China
no hay joya cual Rosalina.
El viento llama divina
la virtud de Rosalina.
Ni la pintura más fina
aventaja a Rosalina.
De tu recuerdo elimina
a quien no sea Rosalina.»

PARRAGÓN

Así os rimo yo ocho años seguidos, menos las horas de comer, cenar y dormir. Suena a desfile de lecheras que van al mercado.

ROSALINA

¡Quita, bobo!

PARRAGÓN

Una muestra:

Si el asno busca pollina,
que él busque a su Rosalina.
Como al gato la minina,
le maullará Rosalina.
En invierno, la esclavina,
y a cubrir a Rosalina.
Cosecha y después trajina
y al carro con Rosalina.
Hay piel basta en fruta fina,
y esa fruta es Rosalina.
Y si en rosa él halla espina,
se clavará en Rosalina.

Así es el medio galope del verso. ¿Por qué dejáis que os contagie?

ROSALINA
¡Calla, so torpe! Los encontré en un árbol.
PARRAGÓN
¡Qué mal fruto da ese árbol!
ROSALINA
Te injertaré en él, que será como injertarle un níspero. Será el primero en dar fruto, pues cuando madures ya estarás podrido. Así es la condición del níspero.
PARRAGÓN
Eso lo decís vos. Si tiene o no sentido, que lo juzgue el bosque.

Entra CELIA *con un papel.*

ROSALINA
Calla. Aquí viene mi hermana leyendo. Apártate.
CELIA *[lee]*

«¿Es esto un lugar salvaje
porque no lo habiten? No.
Dejo versos en los árboles
de civilizada voz.
Unos dirán que la vida
recorre un breve camino
y que el total de sus días
en un palmo está medido.
Otros contarán promesas
que los amigos deshacen,
pero en las ramas más bellas
y al final de cada frase
«Rosalina» es la palabra
que yo siempre escribiré,
la quintaesencia de almas
que el cielo quiso extraer.
Pues Dios ordenó a Natura
reunir en una mortal
bondades que no se juntan,
y así pudo combinar
la majestad de Cleopatra
y el bello rostro de Helena
con el alma de Atalanta
y el recato de Lucrecia.
En asamblea de dioses
fue creada Rosalina
de las prendas y facciones
que en el mundo más se estiman.
El cielo quiso hacerla preeminente
y a mí su esclavo en vida y muerte.»

ROSALINA
¡Ah, nobilísimo Júpiter! ¡Qué pesadez de sermón amoroso, que aburre al feligrés sin rogarle paciencia!
CELIA
¿Qué es esto? Atrás, amigos. Retiraos, pastor. Y tú vete con él.
PARRAGÓN
Vamos, pastor. Hagamos una honrosa retirada; si no con armas y bagajes, sí con bolsa y dineraje.

Sale [*con* CORINO].

CELIA
¿Has oído esos versos?

ROSALINA
Sí, todos y otros más, pues algunos tenían más pies de los que llevaría un verso.
CELIA
No importa. Los pies podrían con el verso.
ROSALINA
Sí, pero iban cojos, y no podían sostenerse sin el verso, así que el verso cojeaba.
CELIA
Pero, ¿has podido oír sin asombrarte que tu nombre estaba colgado y grabado en estos árboles?
ROSALINA
Antes que llegases ya casi había salido de mi asombro. Mira lo que he encontrado en una palmera. Jamás me han rimado tanto desde los tiempos de Pitágoras, cuando yo era una rata irlandesa, de lo cual ni me acuerdo.

CELIA
¿Adivinas quién lo ha hecho?
ROSALINA
¿Un hombre?
CELIA
Con una cadena al cuello que tú solías llevar. ¿Se te muda el color?
ROSALINA
¿Me dirás quién?
CELIA
¡Señor, señor! Aunque los amigos puedan separarse, los terremotos mueven las montañas y las juntan.
ROSALINA
Pero, ¿quién es?
CELIA
¿Será posible?
ROSALINA
Te lo ruego, suplico e imploro: dime quién es.
CELIA
¡Oh, maravilla y maravilla de las maravillas! ¡Maravilla más maravillosa que el colmo de las maravillas!
ROSALINA
¡Por mi condición! ¿Crees que porque vaya vestida de hombre llevo calzas y jubón en el carácter? Una pizca más de dilación será un Mar del Sur por descubrir. Te lo ruego, dime quién es y dilo ya. Ojalá fueras tartamuda; el nombre que me ocultas saldría como el vino cuando la botella es de boca estrecha: o mucho de golpe o nada. Te lo ruego, descórchate la boca, que beba tu secreto.
CELIA
Acabarás con un hombre dentro.
ROSALINA
¿Es criatura de Dios? ¿Qué clase de hombre? Su cabeza, ¿es digna de un sombrero y su cara de una barba?
CELIA
Apenas tiene barba.
ROSALINA
Si lo merece, Dios le dará más. Esperaré a que le crezca la barba si dejas de guardarte el nombre de su cara.
CELIA
Es el joven Orlando, el que de un golpe tumbó al luchador y a ti el corazón.
ROSALINA
Al diablo con tus bromas. Habla en serio y con lealtad.
CELIA
De veras que es él.
ROSALINA
¿Orlando?
CELIA
Orlando.

ROSALINA

¡Válgame! ¿Qué hago yo ahora con el jubón y las calzas? ¿Qué hizo cuando le viste? ¿Qué dijo? ¿Qué aire tenía? ¿Qué ropa llevaba? ¿Y qué hace él aquí? ¿Preguntó por mí? ¿Dónde vive? ¿Cómo se alejó? ¿Cuándo le verás? Respóndeme con una palabra.

CELIA

Necesitaría la boca de Gargantúa. Sería una palabra muy grande para cualquier boca de las de hoy en día. Decir sí o no a esas preguntas es más que responder al catecismo.

ROSALINA

Pero, ¿sabe que estoy en el bosque y vestida de hombre? ¿Está tan despierto como el día de la lucha?

CELIA

Tan fácil es contar las motas del polvo como responder a las preguntas de un enamorado. Pero aquí tienes una muestra de cómo le encontré y saboréala bien: le encontré bajo un árbol cual bellota caída.

ROSALINA

Si da ese fruto será el árbol de Júpiter.

CELIA

Señora, prestad atención.

ROSALINA

Proseguid.

CELIA

Estaba echado en el suelo como un caballero herido.

ROSALINA

Doloroso espectáculo, pero adorna el suelo.

CELIA

Vamos, fréname la lengua, que da saltos a destiempo. Iba vestido de cazador.

ROSALINA

¡Oh, presagio! Viene a matarme el corazón.

CELIA

Déjame cantar sin estribillo. Me desalmas.

ROSALINA

¿No sabes que soy mujer? Lo que me viene lo digo. Sigue, querida.

Entran ORLANDO y JAIME.

CELIA

¡Si no me dejas! Espera. ¿No es él quien viene?

ROSALINA

Es él. Ponte a un lado y obsérvale.

JAIME

Gracias por vuestra compañía, aunque, la verdad, hubiera preferido estar solo.

ORLANDO

Y yo, aunque, por cumplir, yo también os agradezco vuestra compañía.

JAIME

Quedad con Dios. A ver si nos vemos lo menos posible.

ORLANDO

Tendré mucho gusto en desconoceros.

JAIME

Os lo suplico, no estropeéis más árboles grabándoles canciones amorosas.

ORLANDO

Os lo suplico, no estropeéis más mis versos leyéndolos de un modo tan infame.

JAIME

Vuestra amada, ¿se llama Rosalina?

ORLANDO

Exacto.

JAIME

Ese nombre no me gusta.

ORLANDO

Nadie pensó en complaceros cuando la bautizaron.
JAIME
¿Cómo es de alta?
ORLANDO
Me llega al corazón.
JAIME
Respuestas bonitas no os faltan. ¿A que os entendéis con esposas de orfebres y os aprendéis la inscripción de los anillos?
ORLANDO
Pues no. Os respondo con leyendas de emblemas baratos, de los que vos habéis sacado las preguntas.
JAIME
Sois ágil de mente; habrá salido de los talones de Atalanta. ¿Os sentáis conmigo y los dos echamos pestes de nuestro señor mundo y de todas nuestras penas?
ORLANDO
No pienso censurar a más ser viviente que a mí mismo, por reunir tantos defectos.
JAIME
Y el peor es estar enamorado.
ORLANDO
Defecto que no cambiaría por vuestra mejor virtud. Ya me habéis cansado.
JAIME
La verdad es que cuando os encontré iba en busca de un bufón.
ORLANDO
Se ahogó en el arroyo. Buscadle allí y le veréis.
JAIME
Allí veré mi propia cara.
ORLANDO
Que, para mí, es la de un bufón o un don nadie.
JAIME
No me quedo ni un minuto más. Adiós, *signor amore.*
ORLANDO
Me alegra que os vayáis. Adiós, *monsieur mélancolie.*

[Sale JAIME].

ROSALINA
Le hablaré como un lacayo atrevido y así me reiré de él. - ¡Eh, cazador! ¿Me oís?
ORLANDO
Perfectamente. ¿Qué queréis?
ROSALINA
Decidme, ¿qué hora es?
ORLANDO
¿Y cómo voy saberlo si no hay reloj en el bosque?
ROSALINA
Entonces en el bosque no hay un solo enamorado, pues, si no, un suspiro cada minuto y un lamento cada hora indicarían el pie perezoso del tiempo igual que un reloj.
ORLANDO
¿Y por qué no el pie presuroso del tiempo? ¿No sería lo apropiado?
ROSALINA
De ningún modo, señor. El tiempo cabalga a marcha distinta según la persona. Yo os diré con quién va al paso, con quién trota, con quién galopa y con quién se para.
ORLANDO
Decidme, ¿con quién trota el tiempo?
ROSALINA
Pues trota muy lento con una soltera entre el compromiso y el día de la boda. Si median siete días, el trote del tiempo es tan lento que parecen siete años.
ORLANDO

¿Y con quién va al paso?

ROSALINA

Con un cura que no sabe latín y un rico que no tiene la gota. El uno duerme a gusto porque no puede estudiar y el otro vive feliz porque no siente dolor. El uno, sin el peso del estudio agotador; el otro, sin el peso de penurias angustiosas. El tiempo va al paso con ellos.

ORLANDO

¿Y con quién galopa?

ROSALINA

Con el ladrón que va a la horca, pues, aunque marche a paso de buey, creerá que ha llegado muy pronto.

ORLANDO

¿Y con quién se para el tiempo?

ROSALINA

Con el juez en vacaciones, que se duerme entre sesión y sesión y no se da cuenta de cómo pasa el tiempo.

ORLANDO

¿Dónde vivís, mi apuesto doncel?

ROSALINA

Con esta pastora, mi hermana, aquí, en la linde del bosque, como fleco en una falda.

ORLANDO

¿Sois de este lugar?

ROSALINA

Como el conejo que vive donde nace.

ORLANDO

Tenéis un acento más fino del que se adquiere en lugar tan remoto.

ROSALINA

Me lo han dicho muchos. La verdad es que me enseñó a hablar un tío mío religioso, hombre de ciudad en su juventud y buen conocedor del galanteo, pues allí se enamoró. Le oí decir muchos sermones contra él, y gracias a Dios que no soy mujer y no me aquejan las muchas veleidades de que él acusaba al otro sexo.

ORLANDO

¿Recordáis alguna de las faltas principales que él imputaba a las mujeres?

ROSALINA

Principal no había ninguna, pues todas se asemejaban como un huevo a otro y cada una parecía enorme hasta que su compañera la igualaba.

ORLANDO

Os lo ruego, decidme algunas.

ROSALINA

No: yo sólo pienso administrar mi medicina a los enfermos. Hay uno que ronda este bosque y maltrata los árboles jóvenes grabando «Rosalina» en la corteza; en los espinos cuelga odas y en las zarzas, elegías, y siempre, ¡válgame!, glorificando el nombre de Rosalina. Si yo me encontrase con ese vendeamores le daría algún buen consejo, pues por lo visto padece de fiebre continua de amor.

ORLANDO

Yo soy ese febril enamorado. Os ruego que me digáis vuestro remedio.

ROSALINA

No veo en vos las señales que decía mi tío, que me enseñó a reconocer a un enamorado. Pero seguro que vos no estáis preso en esa jaula de cañas.

ORLANDO

¿Y qué señales son?

ROSALINA

Mejillas hundidas, que vos no tenéis; ojeras y bolsas, que vos no tenéis; carácter retraído, que vos no tenéis; barba descuidada, que vos no tenéis... aunque disculpadme, pues tenéis tan poca barba como rentas un hermano menor. Además, tendríais que llevar las calzas caídas, el sombrero sin cinta, las mangas desabrochadas, las cordoneras sueltas y, en suma, ofrecer un aspecto de incuria y congoja. Pero vos no estáis así: la pulcritud de vuestro atuendo es la del que está más enamorado de sí mismo que de otros.

ORLANDO

Gentil muchacho, ¡ojalá pudiera convenceros de que amo!

ROSALINA

¡Convencerme! Más os vale convencer a la que amáis, pues seguro que se deja aunque no llegue a confesarlo. Es uno de los casos en que las mujeres encubren lo que sienten. Pero, de verdad, ¿sois vos quien va colgando en los árboles esos versos que a Rosalina tanto ensalzan?

ORLANDO

Muchacho, os juro por la blanca mano de mi Rosalina que yo soy ese infortunado.

ROSALINA

¿Y estáis tan enamorado como dicen vuestros versos?

ORLANDO

No hay verso ni frase que pueda expresarlo.

ROSALINA

El amor no es más que una locura y, como los locos, merece el cuarto oscuro y el látigo. Y si de este modo tampoco se les cura y corrige es porque esta locura es tan general que hasta los del látigo están enamorados. Pero yo soy experto en curarlos mediante el consejo.

ORLANDO

¿Habéis curado a alguien así?

ROSALINA

Sí, a uno, y del modo siguiente: él tenía que creerme su amada, su dueña, y cortejarme todos los días. Entonces yo, que soy un joven voluble, me ponía triste, afeminado, mudadizo, anhelante y caprichoso, altivo, fantasioso, afectado, frívolo, inconstante, lloroso y risueño, mostrándome un poco de todo, y en nada sincero, pues muchachos y mujeres suelen ser aves de este plumaje. Tan pronto le quería como le odiaba, le acogía como le echaba, le lloraba como le escupía. Así que llevé a mi pretendiente de su frenético rapto de amor a un auténtico rapto de locura, es decir a renunciar a la vorágine del mundo y retirarse a un monástico rincón. Así le curé, y así me propongo lavaros el corazón hasta dejarlo más limpio que el de una oveja y sin una sola mancha de amor.

ORLANDO

Entonces no quiero curarme.

ROSALINA

Yo os curaré si me llamáis Rosalina y venís todos los días a cortejarme a mi cabaña.

ORLANDO

Por mi amor inalterable que iré. Decidme el camino.

ROSALINA

Venid conmigo y os lo mostraré. Y mientras caminamos me decís en qué parte del bosque habitáis. ¿Venís?

ORLANDO

Con mil amores, muchacho.

ROSALINA

No: llamadme Rosalina. Vamos, hermana, ¿vienes?

Salen.

III.iii *Entran* PARRAGÓN, ANDREA y *[por detrás]* JAIME.

PARRAGÓN

De prisa, querida Andrea. Yo te recojo las cabras, Andrea. Bueno, Andrea, ¿soy ya tu hombre? ¿Te complace mi hechura?

ANDREA

¿Tu hechura? ¡Dios nos libre! ¿Qué hechura?

PARRAGÓN

Aquí estoy yo contigo y con tus cabras, como el más caprichoso poeta, el honrado Ovidio, estaba entre los bárbaros.

JAIME *[aparte]*

¡Ah, saber mal alojado! Peor que Júpiter en un chamizo.

PARRAGÓN

Cuando no se entienden tus versos ni responde a tu ingenio el niño precoz, entendimiento, te quedas más muerto que cuando te traen una cuenta abusiva en una humilde taberna. ¡Ojalá los dioses te hubieran hecho poética!

ANDREA

No sé lo que es «poética». ¿Es cosa decente de palabra y obra? ¿Es algo de verdad?

PARRAGÓN

Pues no, porque la poesía más verdadera es pura imaginación, y los enamorados son dados a la poesía e imaginan lo que juran en sus versos.

ANDREA

Entonces, ¿te gustaría que los dioses me hubieran hecho poética?

PARRAGÓN

Desde luego, pues juras que eres decente. Si fueras poeta, tendría la esperanza de que te lo habías imaginado.

ANDREA

¿No me quieres decente?

PARRAGON

De ningún modo, a no ser que fueses mal parecida, pues la decencia unida a la belleza es como miel sobre azúcar.

JAIME *[aparte]*

Un bufón con seso.

ANDREA

Pues bella no soy y por eso pido a los dioses que me hagan decente.

PARRAGÓN

Sí, y malgastar la decencia con una tía fea sería como echar un buen manjar en un plato sucio.

ANDREA

No soy una tía, y gracias a los dioses que soy fea.

PARRAGÓN

¡Alabados sean los dioses por tu fealdad! Lo de tía vendrá después. Pero, sea como fuere, me caso contigo, y a tal fin he ido a ver a don Oliver Matatextos, el cura del pueblo más próximo, que ha prometido casarnos en esta parte del bosque.

JAIME *[aparte]*

Me gustaría ver el encuentro.

ANDREA

En fin, que los dioses nos den felicidad.

PARRAGÓN

Amén. Cualquier hombre, por temerario que sea, puede vacilar en este empeño, pues aquí no tenemos más iglesia que el bosque y no hay más fieles que los comúpetas. Pero, ¿qué importa? ¡Valor! Aunque los cuernos sean repelentes, son inevitables. Dicen que más de uno no sabe dónde acaba su riqueza. Exacto. Más de uno tiene buenos cuernos y no sabe dónde acaban. Bueno, es la dote de la esposa y nada que ponga él. ¿Los cuernos? Sí, señor. ¿Que sólo los pobres? ¡Qué va! El ciervo más noble los tiene tan grandes como el de peor casta. ¿Es más dichoso por ello el soltero? No: así como una ciudad amurallada es más noble que una aldea, la frente del casado es más respetable que la del soltero. Y si saber defenderse es mejor que no saber, también vale más un cuerno que ninguno.

Entra DON OLIVER MATATEXTOS.

Aquí viene don Oliver. - Don Oliver Matatextos, bien hallado. ¿Despachamos la boda aquí, bajo este árbol, o vamos con vos a la capilla?

DON OLIVER

Y a la mujer, ¿quién la da en matrimonio?

PARRAGÓN

Si me la da otro hombre, yo no la tomo.

DON OLIVER

Tienen que darla en matrimonio o no será válido.

JAIME *[adelantándose]*

Venga, vamos. Yo la doy.

PARRAGÓN

Buenas tardes, mi buen maese Como-os-llaméis. ¿Cómo estáis, señor? Sed muy bien hallado. Que Dios os premie esta visita. Me alegro de veros. Aquí estamos con una menudencia. Cubríos, os lo ruego.

JAIME
¿Queréis casaros, bufón?
PARRAGÓN
Como el buey lleva su yugo, el caballo su freno y el halcón sus cascabeles, lleva el hombre sus deseos, y si las palomas se besuquean, los casados se mordisquean.
JAIME
¿Y un hombre de vuestra crianza va a casarse bajo un arbusto igual que un mendigo? Id a la iglesia y buscad un cura que sepa lo que es casar. Éste va a uniros como el que junta dos tablas; luego una de las dos encoge y, como la madera verde, se tuerce, se tuerce.
PARRAGÓN
Me inclino a pensar que más vale que me case éste que no otro, pues es fácil que no me case bien y, no estando bien casado, tendré una buena excusa para después separarme.
JAIME
Venid conmigo y hacedme caso.
PARRAGÓN
Andrea, tú ven a mi lado,
pues hay que casarse o vivir en pecado. –
Adiós, buen maese Oliver. No:
«¡Ah, buen Oliver!
¡Ah, gran Oliver!
No quieras dejarme»,
sino:
«Márchate,
retírate.
No quieras casarme».
DON OLIVER
No importa. No habrá granuja chistoso que me haga renegar de mi oficio.

Salen.

III.iv *Entran* ROSALINA y CELIA.

ROSALINA
No sigas, que voy a llorar.
CELIA
Vamos, llora. Pero ten a bien considerar que llorar no es de hombres.
ROSALINA
¿Acaso no tengo motivo?
CELIA
Todo el que hace falta, así que llora.
ROSALINA
Tiene el pelo del color de lo falso.
CELIA
Algo más oscuro que el de Judas. Y sus besos son hijos de Judas.
ROSALINA
Tiene el pelo de muy buen color.
CELIA
Formidable. No hay color como el castaño.
ROSALINA
Y sus besos son tan santos como el contacto del pan bendito.
CELIA
A Diana le compró una copia de sus labios. Las monjas de la Orden del Invierno no dan besos tan piadosos: llevan el hielo de la castidad.
ROSALINA
Pero, ¿por qué juró que vendría esta mañana y no viene?
CELIA

No sabe lo que es fidelidad.

ROSALINA

¿Eso crees?

CELIA

Sí. No creo que sea un ratero ni un cuatrero, pero creo que la sinceridad de su amor es más hueca que un vaso tapado o una nuez vacía.

ROSALINA

¿Su amor no es sincero?

CELIA

Sí, cuando está enamorado, pero creo que no lo está.

ROSALINA

Le oíste jurar claramente que lo estaba.

CELIA

«Estaba» no es «está». Además, el juramento de un enamorado no tiene más verdad que la cuenta de un tabernero. Los dos confirman falsedades. Él está aquí en el bosque al servicio del duque, tu padre.

ROSALINA

Ayer estuve con el duque y conversé mucho con él. Me preguntó de qué familia era. Le dije que de una tan buena como la suya. Se rió y me dejó ir. Mas, ¿por qué hablar de padres cuando hay un hombre como Orlando?

CELIA

¡Gran hombre! Escribe gran poesía; dice grandes palabras, presta grandes juramentos y los rompe a lo grande, apuntando de través al corazón de la amada, igual que el mal justador que espolea su caballo por un solo costado y rompe su lanza como un noble tonto. Pero todo es grande si monta la juventud y guía la necedad. ¿Quién viene aquí?

Entra CORINO.

CORINO

Queridos amos, solíais preguntarme
por el pastor que penaba de amores.
Le visteis en el prado sentado junto a mí
alabando a la altiva e ingrata pastora
que es su amada.

CELIA

¿Y qué le ocurre?

CORINO

¿Queréis ver una auténtica función
entre la pálida faz del amor verdadero
y la brasa del desprecio y el desdén?
Pues venid y os la mostraré
si deseáis presenciarla.

ROSALINA

Ven, vámonos de aquí.
Ver enamorados alimenta a los que aman.
Llevadnos allá y así podréis ver
que en esa función yo tengo un papel.

Salen.

III.v *Entran* SILVIO *y* FEBE.

SILVIO

Querida Febe, no me desprecies. ¡No, Febe!
Di que no me amas, pero dilo
sin crueldad. El verdugo, cuyo pecho
está ya curtido de ver tanta muerte,

no golpea con el hacha la humillada cerviz
sin pedir perdón. ¿Quieres ser más áspera
que quien hace de la sangre su vida y oficio?

Entran [por detrás] ROSALINA, CELIA y CORINO.

FEBE
Yo no pretendo ser tu verdugo.
Te huyo por no hacerte daño:
me dices que mis ojos llevan muerte.
Sin duda es curioso y verosímil
que a los ojos, lo más delicado, que cierran
sus tímidas puertas a las motas de polvo,
los llamen tiranos, criminales y asesinos.
Te lanzo la mirada más ceñuda
y, si hieren mis ojos, que te maten.
Finge desmayarte o cáete al suelo
o, si no puedes, no te atrevas a mentir
diciendo que mis ojos asesinan.
Muéstrame la herida que te han hecho.
Aráñate con sólo un alfiler y quedará
un rasguño; apóyate en un junco
y tu mano llevará por un momento
la marca visible. Pero mis ojos,
que cual flechas te he lanzado, no te hieren,
y seguro que no hay fuerza en ojo alguno
capaz de lastimar.

SII.VIO
¡Ah, querida Febe! Si tú alguna vez,
y esa vez puede estar cerca, observas
el poder del amor en un rostro juvenil,
verás las heridas invisibles
que dejan sus agudas flechas.

FEBE
Pero hasta entonces no te acerques.
Después aflígeme con burlas,
no me compadezcas, igual que yo
hasta entonces no te compadeceré.

ROSALINA *[adelantándose]*
¿Y por qué? ¿Quién os engendró
para que, exultante, despreciéis
a este desdichado? En vos no veo la belleza
que sin luz vuestro cuarto alumbraría
cuando fuerais a acostaros. Así que,
¿cómo sois tan altiva y despiadada?
Pero, ¿qué es esto? ¿Por qué me miráis?
En vos no veo más que el común
de los bienes naturales. ¡Dios me asista!
Parece que quiere atrapar también mis ojos.
No, altiva señora; no lo esperéis.
No son esas cejas oscuras, ese negro
pelo de seda, esos ojos de azabache,
ni ese rostro de nata lo que va
a subyugarme para que os adore. -
Y vos, estúpido pastor, ¿por qué la seguís
como el ábrego, resoplando viento y lluvia?
¡Si sois mil veces mejor parecido

que ella! Son los tontos como vos
los que llenan el mundo de hijos feos.
No es su espejo, sino vos, quien la halaga,
y en vos se ve más atrayente
de lo que puedan hacerla sus facciones. –
Vos, mujer, conoceos. Poneos de rodillas
y, ayunando, dad gracias a Dios por este hombre.
Como amigo voy a decíroslo al oído:
en cuanto podáis, vendeos, que no sois
para todos los mercados. Pedidle perdón,
queredle y aceptad lo que ofrece.
Lo más feo de un feo es despreciar. -
Y vos, pastor, lleváosla. Quedad con Dios.

FEBE

Gentil muchacho, reñidme un año seguido.
Prefiero que me riñáis a que él me corteje.

ROSALINA

Él está enamorado de vuestra fealdad. - Y ella se enamora de mi enfado. Si es así, en cuanto os ponga mala cara, yo le daré una buena reprimenda. - ¿Por qué me miráis así?

FEBE

No es por mala voluntad.

ROSALINA

Os lo ruego, de mí no os enamoréis,
pues soy más falso que promesa de borracho.
Además, no me gustáis. - Por si queréis saberlo,
vivo junto al olivar que está por aquí. –
¿Vienes, hermana? - Pastor, asediadla. –
Vamos, hermana. - Pastora, tratadle mejor
y no os ufanéis: aunque todos puedan ver,
ninguno habrá tan ciego como él. - Vamos con el rebaño.

Sale [*con* CELIA y CORINO].

FEBE

¡Ah, muerto pastor! Ahora entiendo tu adagio:
«¿Quién se enamora si no es de un flechazo?».

SILVIO

¡Querida Febe!

FEBE

¿Eh? ¿Qué quieres, Silvio?

SILVIO

Querida Febe, ten piedad de mí.

FEBE

Me apiado de ti, mi buen Silvio.

SILVIO

Donde hay pena, puede haber remedio.
Si te apena mi dolor de enamorado,
dame amor, y tu pena y mi dolor
quedarán aniquilados.

FEBE

Mi amor ya lo tienes, pues amo a mi prójimo.

SILVIO

Pero a ti no te tengo.

FEBE

¡Ah, codicioso! Silvio,
hubo un tiempo en que te odiaba,

y no es que ahora sienta amor,
pero, como de amor hablas tan bien,
tu compañía, que antes me irritaba,
ahora la tolero. Y quiero que me sirvas.
Mas no ambiciones otra recompensa
que tu propia alegría de servirme.

SILVIO

Mi amor es tan sagrado y tan perfecto
y me veo tan pobre de favores
que tendré por riquísima cosecha
el recoger las espigas que ha dejado
el segador. Esparce tu sonrisa
aquí y allá, que de ella viviré.

FEBE

¿Conoces al joven que me ha hablado?

SILVIO

No muy bien, aunque lo he visto a menudo.
Ha comprado la cabaña y los pastos
propiedad del viejo campesino.

FEBE

No creas que me gusta porque pregunte por él.
Es un insensato; aunque habla muy bien.
Mas, ¿qué me importan las palabras? Sin embargo,
están bien cuando agradan al que escucha.
Es guapo. Muy guapo, no, y sin duda
es orgulloso, aunque el orgullo le cuadra.
Será un hombre apuesto. Lo que tiene mejor
es el semblante. Y antes que su lengua
haya ofendido, sus ojos han curado.
No es muy alto, aunque lo es para su edad.
De piernas, regular; pero está bien.
En sus labios hay un rojo muy gracioso,
un poco más vivo y subido que el que tiñe
sus mejillas. Es la misma diferencia
que entre el rojo liso y el damasco.
Hay mujeres, Silvio, que, si le observaran
por extenso como yo, casi se enamorarían
del muchacho. En cuanto a mí,
ni le amo ni le odio, aunque tengo
más motivo para odiar que para amar.
Pues, ¿qué derecho tenía a censurarme?
Me dijo que mis ojos eran negros,
mi pelo negro, y recuerdo cómo se burlaba.
Me asombra no haberle contestado.
No importa. Callar no es renunciar.
Le escribiré una carta muy burlona
y tú la llevarás, ¿verdad, Silvio?

SILVIO

Con mil amores, Febe.

FEBE

La escribo ahora mismo. Llevo
el texto en la cabeza y el corazón.
Seré dura con él y muy tajante.
Ven conmigo, Silvio.

Salen.

IV.i *Entran* ROSALINA, CELIA y JAIME.

JAIME
Gentil muchacho, permitid que os conozca mejor.
ROSALINA
Dicen que sois un tipo melancólico.
JAIME
Es verdad. Me gusta más que reír.
ROSALINA
Quien está a uno u otro extremo es un ser aborrecible y se expone a la censura de todos mucho más que un borracho.
JAIME
Conviene estar serio y callado.
ROSALINA
Entonces conviene ser un poste.
JAIME
Yo no tengo la melancolía del sabio, que es envidia; ni la del músico, que es capricho; ni la del cortesano, que es orgullo; ni la del soldado, que es ambición; ni la del letrado, que es astucia; ni la de la dama, que es melindre; ni la del enamorado, que es todo eso junto. Es una melancolía muy propia, compuesta de muchos ingredientes, sacada de muchos objetos; a saber, de las múltiples reflexiones de mis viajes, y el mucho cavilar sobre ellos me envuelve en la más veleidosa tristeza.
ROSALINA
¡Conque viajero! Con razón estáis triste. Sospecho que habéis vendido vuestras tierras para ver las ajenas. Siendo así, haber visto mucho y no tener nada es como tener ojos ricos y manos pobres.
JAIME
Pero he adquirido experiencia.
ROSALINA
Y la experiencia os pone triste. Prefiero un bufón que da alegría antes que experiencia que entristece. ¡Y viajar para eso!

Entra ORLANDO.

ORLANDO
Salud y contento, gentil Rosalina.
JAIME
Si habláis en verso rítmico, quedad con Dios.
ROSALINA
Adiós, señor viajero. Hablad con acento y llevad ropa extranjera; denigrad las ventajas de vuestro país; maldecid vuestro origen y reñidle a Dios por el semblante que os ha dado, que, si no, jamás creeré que habéis ido en góndola.

[*Sale* JAIME.]

¿Qué hay, Orlando? ¿Dónde habéis estado todo este tiempo? ¿Vos enamorado? Si me hacéis otra igual, no volváis a mirarme a la cara.
ORLANDO
Mi bella Rosalina, me he retrasado menos de una hora.
ROSALINA
¿Faltar a promesa de amor una hora? A quien divida un minuto en mil partes y falte a una parte de la milésima parte de un minuto en asuntos de amor, tal vez Cupido le haya tocado en el hombro, pero el corazón seguro que lo tiene intacto.
ORLANDO
Perdonadme, querida Rosalina.
ROSALINA
Si sois tan calmoso, no volváis a verme. Prefiero que me corteje un caracol.

ORLANDO
¿Un caracol?
ROSALINA
Sí, un caracol. Pues, aunque ande lento, lleva la casa a cuestas: algo que vos no aportáis al matrimonio. Además, arrastra su propio destino.
ORLANDO
¿Y cuál es?
ROSALINA
Los cuernos, que gentes como vos deben agradecer a sus esposas. Pero él ya es portador de su fortuna y se adelanta a la deshonra.
ORLANDO
La virtud no pone cuernos y mi Rosalina es virtuosa.
ROSALINA
Yo soy vuestra Rosalina.
CELIA
Le gusta llamarte así, pero su Rosalina tiene la tez más fina que tú.
ROSALINA
Vamos, cortejadme, cortejadme, que estoy de humor festivo y tal vez os dé el sí. ¿Qué diríais ahora si yo fuera la mismísima Rosalina?
ORLANDO
Besaría antes de hablar.
ROSALINA
No, mejor hablar antes y, cuando no os salgan las palabras, tendréis ocasión de besar. Los buenos oradores, cuando se cortan, escupen, y si los amantes no saben qué decirse (¡Dios nos libre!), lo más limpio es besarse.
ORLANDO
¿Y si te niegan el beso?
ROSALINA
Pues hay que suplicar y empieza un nuevo tema.
ORLANDO
¿Quién va a cortarse en presencia de su amada?
ROSALINA
Pues vos mismo si yo fuera vuestra amada. Si no, pensaría que mi virtud es superior a mi ingenio.
ORLANDO
¿Yo cortarme cortejando?
ROSALINA
De palabra, no con un cuchillo. ¿No soy vuestra Rosalina?
ORLANDO
Me alegra decir que lo sois, pues me gusta hablar de ella.
ROSALINA
Pues en su nombre digo que os rechazo.
ORLANDO
Entonces en mi nombre moriré.
ROSALINA
¡Ah, no! Morid por poderes. Este pobre mundo tiene cerca de seis mil años y hasta ahora ningún hombre ha muerto en nombre propio, es decir por amor. A Troilo le sacaron los sesos con una maza griega, y eso que ya intentó morir antes y que es ejemplo de amor. Leandro habría vivido sus buenos largos años aunque Hero se hubiera metido a monja de no haber sido por una ardiente noche de verano. Pues, querido joven, fue a bañarse al Helesponto, le dio un calambre y se ahogó, y los cronistas de la época lo achacaron a Hero de Sestos. Pero todo eso son mentiras. Los hombres se mueren y se pudren, pero no por amor.
ORLANDO
Espero que no piense así mi verdadera Rosalina, pues juro que su ceño me mataría.
ROSALINA
Y yo os juro que no mataría una mosca. Vamos, haré de Rosalina con mejor disposición. Pedid lo que queráis, que os lo concederé.

ORLANDO
Entonces amadme, Rosalina.
ROSALINA
Sí, claro, los viernes y sábados, y todos los días.
ORLANDO
Entonces, ¿me aceptáis?
ROSALINA
Y a veinte como vos.
ORLANDO
¿Cómo?
ROSALINA
¿Acaso no valéis?
ORLANDO
Espero que sí.
ROSALINA
Entonces, lo que vale, ¿por qué limitarlo? - Vamos, hermana, tú haces de cura y nos casas. - Dadme la mano, Orlando. - ¿Qué se dice, hermana?
ORLANDO
Casadnos, os lo ruego.
CELIA
No sé las palabras.
ROSALINA
Empiezan «Orlando, ¿queréis por esposa...?»
CELIA
Adelante. - Orlando, ¿queréis por esposa a Rosalina?
ORLANDO
Sí, quiero.
ROSALINA
Sí, pero, ¿cuándo?
ORLANDO
Pues ahora, en cuanto nos case.
ROSALINA
Entonces debéis decir «Te tomo por esposa, Rosalina».
ORLANDO
Te tomo por esposa, Rosalina.
ROSALINA
Podría preguntar con qué derecho, pero te tomo por esposo, Orlando. Veis que la muchacha se adelanta al cura y, desde luego, los pensamientos de mujer se adelantan a sus actos.
ORLANDO
Todos son así: llevan alas.
ROSALINA
Decidme cuánto tiempo será vuestra después de poseerla.
ORLANDO
Por siempre y un día.
ROSALINA
Decid «un día» sin el «siempre». No, no, Orlando. Los hombres son abril cuando son novios, y diciembre de casados. Las muchachas son mayo de muchachas, pero al casarse el cielo cambia. Estaré más celosa de ti que un palomo bereber con su hembra, más chillona que un loro antes de la lluvia, más presumida que una mona, más caprichosa que un mico. Lloraré por nada, como Diana en la fuente, y lo haré cuando tú estés alegre. Reiré como una hiena, y lo haré cuando tú quieras dormir.
ORLANDO
¿Eso hará mi Rosalina?
ROSALINA
Por mi vida que hará igual que yo.
ORLANDO
Pero ella es lista.

ROSALINA

Si no, no tendría ingenio para hacerlo: cuanto más lista, más rebelde. Ponedle puertas al ingenio femenino y saldrá por la ventana; cenadla y saldrá por el ojo de la cerradura; tapadlo y saldrá con el humo de la chimenea.

ORLANDO

Quien tenga una mujer con tanto ingenio podrá decir «Ingenio, ¿dónde acabarás?».

ROSALINA

Más os vale guardaros el reproche para cuando el ingenio de vuestra esposa acabe en la cama del vecino.

ORLANDO

¿Y con qué ingenio podría excusarla su ingenio?

ROSALINA

Pues diciendo que fue allí a buscaros. Jamás la pillaréis sin respuesta, a no ser que no tenga lengua. ¡Ay de la mujer que no sabe achacar sus faltas al marido! Si cría a sus hijos ella misma, los criará tontos.

ORLANDO

Ahora os dejo por dos horas, Rosalina.

ROSALINA

Amor mío, no puedo estar sin ti ni dos horas.

ORLANDO

He de acompañar al duque en la comida. Volveré para las dos.

ROSALINA

Vamos, vete, vete ya. Ya sabía yo cómo saldrías. Me lo dijo mi gente y yo estaba segura. Me conquistó tu lengua lisonjera. Otra más abandonada, así que, ¡ven, muerte! - ¿Decíais que a las dos?

ORLANDO

Sí, querida Rosalina.

ROSALINA

Por mi honra, y muy encarecidamente, y que Dios me ampare, y por los juramentos más inofensivos, que si faltáis una pizca a la promesa o llegáis un minuto después, os tendré por el perjuro más atroz, por el amante más pérfido y por el ser más indigno de la que llamáis Rosalina de entre toda la caterva de los falsos, conque evitad mi condena y cumplid vuestra promesa.

ORLANDO

Con tanta devoción cual si fuerais de verdad mi Rosalina. Adiós.

ROSALINA

Bueno, el tiempo es el viejo juez que interroga a los culpables. Que juzgue el tiempo. Adiós.

Sale [ORLANDO].

CELIA

Tú deshonras nuestro sexo con tu cháchara amorosa. Tendremos que arrancarte el jubón y las calzas, y mostrar al mundo lo que el pájaro ha hecho con su nido.

ROSALINA

Ah, prima, prima, prima, primita mía, si tú supieras a qué profundidad llega mi amor. Pero es insondable. Lo que siento tiene un fondo desconocido, como la Bahía de Portugal.

CELIA

O más bien no tiene fondo: le echas sentimiento y se sale por debajo.

ROSALINA

No. Que el malvado bastardo de Venus, engendrado en el pesar, concebido en el antojo y nacido en la locura, que ese pícaro muchacho que por ciego ciega nuestra vista juzgue lo profundo de mi amor. Aliena, de verdad que no puedo vivir sin ver a Orlando. Me voy a algún lugar umbroso y suspiraré hasta que vuelva.

CELIA

Y yo, a dormir.

Salen.

IV ii *Entran* JAIME y NOBLES, *[vestidos] de cazadores.*

JAIME
¿Quién mató al ciervo?
NOBLE
Fui yo, señor.
JAIME
Llevadle ante el duque como un conquistador romano. Y no estaría mal ponerle en la cabeza los cuernos del ciervo como emblema de victoria. ¿Sabéis alguna tonada para esta ocasión, cazador?
NOBLE
Sí, señor.
JAIME
Cantadla. No importa que desafinéis con tal que haya ruido.
[TODOS] *Música, canción.*
¿Qué se le da al cazador?
La piel del ciervo y los cuernós.
Sea escoltado y canten el bordón.
Lleva tus cuernos sin chistar,
pues son cimera inmemorial.
Tu abuelo siempre los llevó;
tu padre nunca los rehusó.
El cuerno alegre, el cuerno fiel,
no es un motivo de desdén.

Salen.

IV iii *Entran* ROSALINA y CELIA.

ROSALINA
¿Qué dices ahora? ¿No son más de las dos? ¡Y mira a Orlando!
CELIA
Sin duda que con su amor puro y su mente confusa ha cogido el arco y las flechas y se ha ido a dormir.

Entra SILVIO.

Mira quién viene.
SILVIO
Os traigo una carta, gentil muchacho.
Mi noble Febe me dijo que os la diese.
No sé lo que os dice, mas, a juzgar
por su ceño y los gestos de enojo
que hacía al escribirla, seguro
que el tono es de ira. Perdonadme.
Sólo soy un inocente mensajero.
ROSALINA
Hasta la paciencia se alarmaría
con esta carta y se pondría bravucona.
Soporta esto y sopórtalo todo.
Dice que guapo no soy, que no tengo modales.
Me llama orgulloso y no me amaría
aunque el hombre escaseara más que el Fénix.
¡Válgame! Su amor no es la liebre que persigo.
¿Por qué me escribe esto? Vaya, vaya, pastor.
Fuisteis vos quien escribió la carta.
SILVIO
No, os lo juro. No sé lo que dice. La escribió Febe.
ROSALINA
Vamos, vamos. Sois un bobo y el amor

os tiene desquiciado. Le vi las manos.
Tiene manos de cuero, manos terrosas.
De verdad que pensé que se había
puesto los guantes, pero eran sus manos.
Manos de fregona. Pero no importa.
La idea de la carta no fue suya.
El tema es de hombre, igual que la carta.

SILVIO

Seguro que es de ella.

ROSALINA

¡Pero si tiene un estilo furioso y mordaz,
un estilo desafiante! Me reta
como el turco al cristiano. Una mente de mujer
no produce semejante grosería,
tan negras palabras; y más negras de efecto
que de aspecto. ¿Queréis oír la carta?

SILVIO

Sí, os lo ruego, pues aún no la he oído,
y sí demasiado del rigor de Febe.

ROSALINA

Pues me *febea.* Mirad qué tono más cruel.
[Lee] «¿Sois un dios hecho pastor
que a doncella enamoró?»
¿Reprende así una mujer?

SILVIO

¿A eso llamáis reprender?

ROSALINA

[lee] «Y, hecho hombre, ¿hacéis la guerra
a un corazón de doncella?»
¿Quién oyó tal reprensión?
«Cortejarme un ser humano
nunca pudo hacerme daño.»
Luego soy una bestia.
«Si esos ojos de desprecio
a los míos sedujeron,
¿qué de milagros no harán
si me miran con bondad?
Si reprendiéndome os quiero,
¿qué no harían vuestros ruegos?
Quien esta carta os entrega
de mi amor nada sospecha.
Dadle respuesta sellada
de si vuestra joven alma
acepta mi ofrecimiento
y los que aún puedo haceros,
pues, si mi amor no admitís,
veré cómo he de morir.»

SILVIO

¿A eso llamáis reñir?

CELIA

¡Ah, pobre pastor!

ROSALINA

¿Te da lástima? No la merece. - ¿Queréis amar a una mujer así? ¿Para qué? ¿Para ser su instrumento y que toque falseta con vos? ¡Es intolerable! En fin, id con ella, pues veo que el amor os ha convertido en un pobre bicho, y decidle de mi parte que, si me quiere, le ordeno que os quiera. Si no me obedece, la

rechazo para siempre, a no ser que vos intercedáis. Si sois un amante fiel, marchad sin decir palabra, que aquí viene más compañía.

Sale SILVIO.
Entra OLIVER.

OLIVER
Buenos días, bellos jóvenes. ¿Sabéis
dónde hay en los aledaños de este bosque
una choza rodeada de olivos?
CELIA
Al oeste, en la próxima hondonada.
Se llega dejando a la derecha
la fila de mimbreras que bordean el arroyo.
Pero a estas horas la cabaña
se guarda a sí misma, pues no hay nadie dentro.
OLIVER
Si la vista se guía por la palabra
debía reconoceros por las señas;
tales ropas, tal edad: «El muchacho
es guapo, tiene un aire femenil,
y parece la hermana mayor. La muchacha
es baja y más morena que el hermano».
¿No sois los dueños de la casa que buscaba?
CELIA
Responder que lo somos no es jactancia.
OLIVER
A los dos Orlando se encomienda,
y al muchacho al que llama Rosalina
envía este pañuelo ensangrentado. ¿Sois vos?
ROSALINA
Soy yo. ¿Qué significa esto?
OLIVER
Aunque en parte me avergüence, os contaré
quién soy yo, y cómo, dónde y por qué
se ensangrentó este pañuelo.
CELIA
Contadlo, os lo ruego.
OLIVER
Cuando os dejó el joven Orlando,
os hizo la promesa de volver
en menos de una hora. Y, andando por el bosque,
pensando en el gusto agridulce del amor,
ved qué le sucede. Miró hacia un lado
y oíd lo que encontró: bajo un roble
con las ramas cubiertas de musgo
y la copa reseca y pelada en su vejez,
dormía un desdichado, envuelto
en andrajos y pelambre. Enroscada
en su cuello, una serpiente de color
verde y dorado, con la cabeza ondeando
amenazante, se le acercaba a la boca.
Pero, así que vio a Orlando, le soltó
y, deslizándose en recodos, fue a parar
bajo un arbusto, a cuya sombra una leona,
con las mamas secas, tendida y la cabeza

pegada sobre el suelo, felinamente
esperaba a que el durmiente se moviera,
pues la regia condición de este animal
le impide acometer lo que parece muerto.
Ante lo cual, Orlando se acercó a este hombre
y vio que era su hermano, su hermano mayor.

CELIA

Yo le he oído hablar de ese hermano,
y le presenta como el hombre más cruel
que haya existido.

OLIVER

Y bien puede decirlo, pues es cierto
que era un desalmado.

ROSALINA

¿Y Orlando? ¿Le dejó para pasto
de aquella leona sin leche y hambrienta?

OLIVER

Se lo había propuesto, y dos veces se alejó.
Pero la bondad, más noble que la venganza,
y los sentimientos, más fuertes que la tentación,
le hicieron enfrentarse a la leona,
a la que pronto venció. El tumulto
me despertó de mi sueño infortunado.

CELIA

¿Sois vos su hermano?

ROSALINA

¿Sois vos quien él salvó?

CELIA

¿Quien tantas veces quería matarle?

OLIVER

Era yo, mas no soy yo. Ahora que soy otro,
deciros el que fui no me avergüenza:
tan dulce sabe mi conversión...

ROSALINA

¿Y el pañuelo ensangrentado?

OLIVER

A eso iba. Después que las lágrimas bañaron
de principio a fin nuestras historias
y tras contar cómo llegué a estas soledades...
En suma, me llevó ante el noble duque,
que me dio ropa nueva y alimento,
encomendándome al cariño de mi hermano,
que al instante me llevó a su cueva.
Allí, al desnudarse, vio que la leona
le había arrancado carne de su brazo,
con mucha pérdida de sangre. Se desmayó,
invocando en su desmayo a Rosalina.
En fin, le reanimé, vendé su herida
y, al poco rato, sintiéndose repuesto,
me envió a vos, aun siendo yo un extraño,
para contaros la historia, excusarle
por faltar a su promesa y entregar este pañuelo,
teñido de su sangre, al joven pastor
al que en su juego llama Rosalina.

[ROSALINA *se desmaya.]*

CELIA
¡Cómo, Ganimedes! ¡Mi querido Ganimedes!
OLIVER
De ver sangre, mucha gente se desmaya.
CELIA
Es por algo más. - ¡Mi querido Ganimedes!
OLIVER
Mirad: vuelve en sí.
ROSALINA
Quiero irme a casa.
CELIA
Vamos a llevarte. - Os lo ruego, ¿queréis cogerle del , brazo?
OLIVER
¡Animo, muchacho! ¿Vos un hombre? Os falta el valor.
ROSALINA
Es verdad, lo confieso. - Oye, tú: podrían creer que lo he fingido. - Servíos decirle a vuestro hermano lo bien que sé fingir. ¡Ah!
OLIVER
¿Qué habláis de fingir? Vuestro semblante revela un sentimiento real.
ROSALINA
Os digo que he fingido.
OLIVER
Muy bien, pues tened valor y fingid que sois hombre.
ROSALINA
Ya lo hago, pero en justicia tendría que ser mujer.
CELIA
Venga, estás cada vez más pálido. Vamos a casa. - Buen señor, acompañadnos.
OLIVER
Desde luego, pues he de llevar respuesta de que excusáis a mi hermano, Rosalina.
ROSALINA
Algo se me ocurrirá. Pero, ante todo, decidle lo bien que sé fingir. ¿Vamos?

Salen.

V.i *Entran* PARRAGÓN y ANDREA.

PARRAGÓN
Ya llegará la ocasión, Andrea. Paciencia, querida Andrea.
ANDREA
Pues, con todo lo que dijera aquel señor, el cura servía.
PARRAGÓN
Un malvado ese don Oliver, Andrea, un vil Matatextos. Pero, Andrea, aquí en el bosque hay un joven que te pretende.
ANDREA
Sí, sé quién es, pero conmigo no tiene nada que hacer. Aquí viene el que dices.

Entra GUILLERMO.

PARRAGÓN
Al ver a un patán me relamo de gusto. Los que tenemos ingenio sabemos nuestro deber: tenemos que guasearnos, no podemos resistirlo.
GUILLERMO
Buenas tardes, Andrea.
ANDREA
Buenas tardes te dé Dios, Guillermo.

GUILLERMO
Y buenas tardes a vos, señor.
PARRAGÓN
Muy buenas tardes, amigo. No te descubras, no te descubras. Te lo ruego, cúbrete. ¿Cuántos años tienes, amigo?
GUILLERMO
Veinticinco, señor.
PARRAGÓN
Edad de adulto. ¿Te llamas Guillermo?
GUILLERMO
Sí, señor.
PARRAGÓN
Hermoso nombre. ¿Naciste en el bosque?
GUILLERMO
Sí, señor, gracias a Dios.
PARRAGÓN
«Gracias a Dios.» Muy bien dicho. ¿Eres rico?
GUILLERMO
Pues, así así, señor.
PARRAGÓN
«Así así» está bien, muy bien, buenísimamente bien; aunque no del todo, sino así así. ¿Eres listo?
GUILLERMO
Sí, señor. Seso no me falta.
PARRAGÓN
Así se habla. Eso me recuerda un dicho: «El necio se cree sabio, pero el sabio se sabe necio». El filósofo pagano, cuando tenía ganas de comerse una uva, abría los labios y se la metía en la boca. Con esto quería decir que las uvas se hicieron para comerlas y los labios para abrirlos. ¿Quieres a esta muchacha?
GUILLERMO
Sí, señor.
PARRAGÓN
Dame la mano. ¿Tienes instrucción?
GUILLERMO
No, señor.
PARRAGÓN Entonces yo te instruiré. Tener es tener. Pues, según un recurso retórico, un líquido, si se echa de una copa en un vaso, al llenar uno vacía el otro, y todos los tratadistas convienen en que *ipse* es él. Y tú no eres *ipse*, que él soy yo.
GUILLERMO
¿Cuál él, señor?
PARRAGÓN
El que ha de casarse con esta mujer. Conque, patán, abstente -que en lengua corriente es «deja»- de asociarte -que en lengua palurda es «hacer compaña»con esta fémina -que en lengua común es «mujer»-Y todo junto, abstente de asociarte con esta fémina o pereces, patán. O, más claro todavía, morirás, es decir, te mato, te liquido, transmuto tu vida en muerte, tu libertad en servidumbre. Contigo emplearé el veneno, la porra, el acero. Te haré frente con intrigas, te acosaré con enredos, te mataré de ciento cincuenta formas. Así que tiembla y vete.
ANDREA
Vete, buen Guillermo.
GUILLERMO
A la paz de Dios, señor.

Sale.
Entra CORINO.

CORINO
Los amos os buscan. Vamos, venid, venid.
PARRAGÓN

Corre, Andrea; corre, Andrea. Voy contigo, voy contigo.

Salen.

V.ii *Entran* ORLANDO y OLIVER.

ORLANDO
¿Es posible que recién conocida te gustase? ¿Que al verla te enamorases? ¿Que al punto la cortejases? ¿Que ya te haya dado el sí? ¿Y querrás hacerla tuya?
OLIVER
No indagues la precipitación, ni su pobreza, nuestro poco trato, mi pronta proposición, ni su pronta aceptación, sino di conmigo: amo a Aliena; di con ella que me ama; coincide con los dos y podremos unirnos. Te beneficiará, pues pienso hacerte entrega de la casa y de las rentas de nuestro padre don Roldán para vivir y morir como pastor.
ORLANDO
Tienes mi conformidad. Que la boda sea mañana. Invitaré al duque y a todo su alegre séquito. Haz que Aliena se prepare, pues, mira, aquí viene mi Rosalina.

Entra ROSALINA.

ROSALINA
Dios os guarde, hermano.
OLIVER
Y a vos, bella hermana.

[*Sale*.]

ROSALINA
Mi querido Orlando, ¡cuánto me apena veros con el corazón vendado!
ORLANDO
Es el brazo.
ROSALINA
Creí que las garras de la leona os habían herido el corazón.
ORLANDO
Está herido, pero por los ojos de una dama.
ROSALINA
¿Os ha dicho vuestro hermano que, cuando me enseñó vuestro pañuelo, fingí desmayarme?
ORLANDO
Sí, y mayores maravillas.
ROSALINA
¡Ah! Ya sé cuáles. Sí, es cierto. Nunca hubo nada tan rápido, salvo una pelea de carneros y la pomposa bravata de César «Llegué, vi, vencí». Pues con vuestro hermano y mi hermana todo ha sido conocerse y mirarse, mirarse y enamorarse, enamorarse y suspirar, suspirar y preguntarse por qué, saber por qué y ponerle remedio. Y con estos peldaños se han hecho la escalera que los lleva a la boda: o la suben incontinenti, o serán incontinentes antes de la boda. Es el furor amoroso, y tienen que juntarse. Ni a palos pueden separarlos.
ORLANDO
Se casan mañana, y voy a invitar al duque a las nupcias. ¡Ah, qué dolor es ver la dicha con los *ojos* de otro! Mañana me sentiré mucho más en la cumbre de mi pena cuanto más piense que mi hermano ha logrado su deseo.
ROSALINA
Entonces, ¿mañana no puedo haceros el papel de Rosalina?
ORLANDO
Ya no puedo seguir con esa idea.
ROSALINA

Entonces no pienso cansaros con más palabrería. Oídme bien, pues ahora os hablo en serio. Me consta que sois hombre de mucho entendimiento. No lo digo para que tengáis un buen concepto de mi saber porque me conste que lo sois, ni quiero gozar de otra opinión que no sea vuestra certeza de que puedo obrar por vuestro bien y no para ensalzarme. Creed, pues, si gustáis, que puedo hacer prodigios. Desde que tenía tres años he tenido trato con un mago versadísimo en su arte y nada maléfico. Si amáis a Rosalina con tanto sentimiento como vuestra actitud proclama, os casaréis con ella cuando vuestro hermano se case con Aliena. Sé los azares de fortuna que ha pasado y no me es imposible, si no os parece improcedente, hacer que mañana aparezca ante vos en persona y sin peligro.

ORLANDO

¿Habláis con seriedad?

ROSALINA

Os lo juro por mi vida, que en tan gran estima tengo, aunque diga que soy mago. Así que vestid vuestras mejores galas e invitad a vuestra gente, pues si queréis casaros mañana, os casaréis, y si queréis, con Rosalina.

Entran Silvio *y* FEBE.

Mirad, dos enamorados: ella de mí y él de ella.

FEBE

Joven, habéis sido muy descortés mostrando la carta que os escribí.

ROSALiNA

No me importa. Es mi empeño
pareceros desdeñoso y descortés.
Ved cómo os sigue vuestro fiel pastor.
Fijaos en él y amadle: él os adora.

FEBE

Buen pastor, dile a este joven lo que es amar.

SILVIO

Es ser todo suspiros y lágrimas. Como yo con Febe.

FEBE

Y yo con Ganimedes.

ORLANDO

Y yo con Rosalina.

ROSALINA

Y yo con ninguna.

SILVIO

Es ser todo entrega y fidelidad. Como yo con Febe.

FEBE

Y yo con Ganimedes.

ORLANDO

Y yo con Rosalina.

ROSALINA

Y yo con ninguna.

SILVIO

Es ser todo fantasía,
ser todo sentimiento, todo deseos,
respeto, reverencia, adoración,
paciencia, impaciencia y humildad,
pureza, constancia y obediencia.
Como yo con Febe.

FEBE

Y yo con Ganimedes.

ORLANDO

Y yo con Rosalina.

ROSALINA

Y yo con ninguna.

FEBE [*a* ROSALINA]
Entonces, ¿por qué me reprochas mi amor?
SILVIO [*a* FEBE]
Entonces, ¿por qué me reprochas mi amor?
ORLANDO
Entonces, ¿por qué me reprochas mi amor?
ROSALINA
¿A quién decís «Por qué me reprochas mi amor»?
ORLANDO
A la que no está aquí ni me oye.
ROSALINA
¡Dejad eso ya! Parece el aullar de los lobos a la luna. [A *SILVIO*] Si puedo, os ayudaré. [*A* FEBE] Si pudiera, os amaría. - Mañana nos vemos todos. [*A* FEBE] Si me caso con mujer y me caso mañana, me casaré con vos. [*A* ORLANDO] Si a algún hombre he complacido, yo os complaceré, y os casaréis mañana. [A SILVIO] Si lo que os gusta os contenta, yo os contentaré, y os casaréis mañana. [*A* ORLANDO] Si amáis a Rosalina, acudid. [*A* SILVIO] Si amáis a Febe, acudid. - Yo, que no amo a ninguna, acudiré. Conque, adiós. Ya sabéis las instrucciones.
SILVIO
Si vivo, no faltaré.
FEBE
Ni yo.
ORLANDO
Ni yo.

Salen.

V.iii *Entran* PARRAGÓN y ANDREA.

PARRAGÓN
Mañana es el día de la dicha. Mañana nos casamos.
ANDREA
Lo deseo con toda el alma y espero que querer mudar estado no sea indecente. Aquí vienen dos pajes del duque desterrado.

Entran dos PAJES.

PAJE 1.°
Bien hallado, buen señor.
PARRAGÓN
Bien hallados vosotros. Vamos, sentaos y cantad.
PAJE 2.°
Cuando queráis. Sentaos enmedio.
PAJE 1.°
¿Nos lanzamos ya, sin carraspear, escupir o decir que estamos roncos, preludios inevitables de toda mala voz?
PAJE 2.°
Adelante, y los dos al unísono, como dos en un caballo.
[PAJES] *Canción.*

Es una moza y su galán,
con el sí, con el no, con el sí fa-mi-dó,
que por el verde campo van,
en abril, ¡ay!, el amoroso abril, ¡ay!,
y el pájaro cantando pío-pi.
De amor se llena abril.

Y así que están entre la mies,

con el sí, con el no, con el sí fa-mi-dó,
los dos se quieren ya tender,
en abril, ¡ay!, el amoroso abril, ¡ay!,
y el pájaro cantando pío-pi.
De amor se llena abril.

Y dicen en esta canción,
con el sí, con el no, con el sí fa-mi-dó,
que nuestra vida es una flor,
en abril, ¡ay!, el amoroso abril, ¡ay!,
y el pájaro cantando pío-pi.
De amor se llena abril.

Y así el momento hay que gozar,
con el sí, con el no, con el sí fa-mi-dó,
que amor es miel primaveral,
en abril, ¡ay!, el amoroso abril, ¡ay!,
y el pájaro cantando pío-pi.
De amor se llena abril.

PARRAGÓN
Mis jóvenes señores, la letra no dice gran cosa, pero la música es pura disonancia.
PAJE 1.°
Os equivocáis, señor. Cantábamos a tiempo; no nos hemos perdido.
PARRAGÓN
Yo sí que he perdido el tiempo oyendo esa bobada de canción. Quedad con Dios y que os mejore la voz. Vamos, Andrea.

Salen.

V.iv *Entran el* DUQUE, AMiENS, JAIME, ORLANDO, OLIVER y CELIA.

DUQUE
¿Crees, Orlando, que el muchacho puede hacer todo lo que ha prometido?
ORLANDO
A veces lo creo y a veces no, como quien teme su esperanza y sabe que la teme.

Entran ROSALINA, SILVIO y FEBE.

ROSALINA
Paciencia una vez más, mientras se cumple
nuestro acuerdo. -
[*Al* DUQUE] Decidme, si os traigo a Rosalina,
¿la daréis a Orlando en matrimonio?
DUQUE
Sí, y reinos con ella si tuviese.
ROSALINA [*a* ORLANDO]
Y, si la traigo, ¿vos la aceptaréis?
ORLANDO
Sí, aunque fuese el rey de todos los reinos.
ROSALINA [*a* FEBE]
Y, si consiento, ¿os casaréis conmigo?
FEBE
Sí, aunque muriese al cabo de una hora.
ROSALINA
Mas, si os negáis, ¿querríais desposaros
con este fidelísimo pastor?

FEBE
Es lo convenido.
ROSALINA [*a* SILVIO]
Y, si ella accede, ¿vos la tomaréis por esposa?
SILVIO
Sí, aunque tomarla sea la muerte.
ROSALINA
He prometido concertar todo este asunto.
Cumplid vuestra palabra, duque, y casad
a vuestra hija; cumplid la vuestra, Orlando,
y aceptadla; cumplid la vuestra, Febe,
y casaos conmigo, o, si me rechazáis,
uníos al pastor; cumplid la vuestra, Silvio,
de que con ella os casaréis si me rechaza.
Y ahora me dispongo a disipar todas las dudas.

Salen RoSALINA y CELIA.

DUQUE
En algunos detalles el muchacho
es el vivo retrato de mi hija.
ORLANDO
Señor, cuando le vi por vez primera
me pareció un hermano de vuestra hija.
Pero, Alteza, el muchacho es de este bosque
y fue iniciado en estudios peligrosos
por su tío, de quien dice que es gran mago
y se oculta en el ámbito del bosque.

Entran PARRAGÓN y ANDREA.

JAIME
Seguro que se acerca otro diluvio, con todas las parejas yendo al arca. Aquí viene una especie muy rara que en todas las lenguas se llama bufón.
PARRAGÓN
Salutaciones y salvas a todos.
JAIME
Dadle la bienvenida, Alteza. Éste es el bufo caballero con quien me he encontrado tantas veces en el bosque. Jura que ha sido cortesano.
PARRAGÓN
Y quien lo dude que me ponga a prueba. He bailado la pavana, he requebrado a las damas, he sido astuto con mi amigo y cortés con mi enemigo, he arruinado a tres sastres, he tenido cuatro disputas y una casi acaba en duelo.
JAIME
¿Y cómo os entendisteis?
PARRAGÓN
Pues nos encontramos y vimos que la disputa llegaba al séptimo punto.
JAIME
¿Qué séptimo punto? -Alteza, disfrutad con este hombre.
DUQUE
Me gusta mucho.
PARRAGÓN
Dios os lo premie, señor; lo mismo digo. Señor, me meto entre los demás apareados del bosque para jurar y perjurar, según nos ata el matrimonio y nos desata el deseo. Señor, una pobre virgen, mal parecida, pero mía. Señor, un pobre antojo mío el de tomar lo que no quiere nadie. Igual que el avaro, la rica decencia habita en casa pobre, como perla en sucia ostra.

DUQUE
A fe mía que es muy vivo y sesudo.
PARRAGÓN
Señor, son los dardos del bufón y sus alegres flaquezas.
JAIME
¿Y lo del séptimo punto? ¿Cómo visteis que la riña estaba ahí?
PARRAGÓN
Era un mentís de séptimo grado. - Más dignidad con el cuerpo, Andrea. - A saber, señor: critiqué el corte de barba de cierto cortesano, y él me hizo saber que si yo decía que su barba no estaba bien cortada, él opinaba que sí. Esto se llama la respuesta cortés. Si yo le respondía que no estaba bien cortada, él me respondía que se la cortaba a su gusto. Esto se llama la objeción discreta. Si yo insistía en que no estaba bien cortada, él dudaba de mi juicio. Esto se llama la réplica grosera. Si yo le insistía, él me respondía que no era cierto. Esto se llama el reproche valiente. Si yo volvía a insistirle, me decía que era mentira. Esto se llama la repulsa combativa, y así hasta el mentís condicionado y el mentís rotundo.
JAIME
¿Y cuántas veces le criticasteis la barba?
PARRAGÓN
No me atreví a pasar del mentís condicionado y él no se atrevió a darme el mentís rotundo. Así que medimos las espadas y nos fuimos.
JAIME
¿Podéis nombrar por orden los grados del mentís?
PARRAGÓN
Señor, reñimos según las reglas del libro, igual que hay libros de buenos modales. Primero, la respuesta cortés; segundo, la objeción discreta; tercero, la réplica grosera; cuarto, el reproche valiente; quinto, la repulsa combativa; sexto, el mentís condicionado; séptimo, el mentís rotundo. Se pueden evitar todos menos el mentís rotundo; aunque éste también, gracias al «si». Una vez siete jueces no lograban poner paz en una riña, hasta que las partes se encontraron y a uno se le ocurrió lo del «si», diciendo «Si vos dijisteis eso, yo dije aquello». Entonces se dieron la mano y quedaron como hermanos. El «si» es el gran conciliador; gran virtud la del «si».
JAIME
¿Verdad que es una especie rara, señor? Se luce con todo y es sólo un bufón.
DUQUE
La bufonería es el caballo que le oculta mientras dispara su ingenio.

Entran HIMENEO, ROSALINA y CELIA.
Música suave.

HIMENEO
Ahora el cielo se alegra
de que en las cosas terrenas
se alcance armonía y acuerdo.
Acoge, duque, a tu hija,
de cielo a tierra traída
por el divino Himeneo,
y hazla esposa, si te agrada,
de quien la lleva en el alma.
ROSALINA
[*al* DUQUE] Me doy toda a vos, pues vuestra soy.
[*A* ORLANDO] Me doy toda a vos, pues vuestra soy.
DUQUE
Si la vista no engaña, tú eres mi hija.
ORLANDO
Si la vista no engaña, tú eres mi Rosalina.
FEBE
Y si un cuerpo no es ficción,
entonces, mi amor, adiós.

ROSALINA [*al* DUQUE]
No quiero otro padre que vos,
[*a* ORLANDO]
ni quiero otro esposo que vos,
[*a* FEBE]
ni unirme con otra que vos.
HIMENEO
Más confusiones no admito.
Tengo que ver concluidos
estos extraños sucesos.
Ocho manos han de unirse
en vínculo de Himeneo,
pues las promesas lo exigen.
[*A* ORLANDO y ROSALINA]
Nunca habrá mal que os desuna.
[*A* OLIVER y CELIA]
Vuestras almas están juntas.
[A FEBE]
Acepta su amor devoto o una mujer por esposo.
[*A* PARRAGÓN y ANDREA]
Vuestro enlace es tan perfecto
como el de frío e invierno.
[A todos]
Durante el himno de bodas
comentad bien estas cosas
y poco os asombrará
este encuentro y su final.
Canción.
Corona de Juno nupcial,
sacra unión de mesa y lecho,
Himeneo puebla la ciudad:
honrad todo casamiento.
Honra y prez, gloria sin par
a Himeneo, dios de la ciudad.
DUQUE
Sé muy bienvenida, amada sobrina,
igual que mi hija, y en igual medida.
FEBE [*a* SILVIO]
No falto a mi palabra: eres mío.
Mi amor y tu constancia se han unido.

Entra el SEGUNDO HERMANO.

SEGUNDO HERMANO
Prestadme atención por un momento.
Soy el segundo hijo de don Roldán
y traigo noticias a esta noble reunión.
El duque Federico, al ver que hombres valiosos
afluían a este bosque de continuo,
se puso al frente de una gran expedición,
que hacia aquí se dirigía con el fin
de apresar a su hermano y pasarle a cuchillo.
Pero, al llegar a la linde de este bosque,
se encontró con un viejo religioso,
y, después de alguna plática,
se apartó de su empresa y de este mundo,

dejando la corona a su hermano desterrado
y devolviendo sus tierras a cuantos
le siguieron al destierro. De que no miento
respondo con mi vida.

DUQUE

Bienvenido, joven. Traes un gran presente
a la unión de tus hermanos: al uno,
sus tierras expropiadas; al otro,
toda una tierra, un gran ducado.
Pero antes realicemos en el bosque
lo que fue bien iniciado y concebido.
Después, los miembros de la grata compañía
que conmigo soportaron días y noches
inclementes, compartirán los bienes recobrados
según su condición. Entre tanto,
dejemos las ventajas del suceso
y vamos con el rústico festejo.
Música, y vosotros, novios todos,
comenzad vuestra danza jubilosos.

JAIME

Permitidme, Alteza. - Si he oído bien,
el duque se ha entregado a la vida religiosa,
renunciando a la pompa de la corte.

SEGUNDO HERMANO

En efecto.

JAIME

Con él me voy, que de estos convertidos
hay mucho que escuchar y que aprender.

[*Al* DUQUE]

Os dejo con vuestro rango, galardón a vuestra virtud y paciencia.

[*A* ORLANDO]

A vos con vuestro amor, justo premio a la constancia.

[*A* OLIVER]

A vos con vuestras tierras, amor y allegados.

[*A* SILVIO]

A vos con la cama tanto tiempo merecida.

[A PARRAGÓN]

Y a vos con las riñas, que en vuestra nave amorosa
sólo hay pan para dos meses.
[*A todos*] Vamos, gozad,
que yo no soy amigo de danzar.

DUQUE

Espera, Jaime, espera.

JAIME

No quiero diversión. Si queréis verme, os aguardo en la cueva que habéis abandonado.

Sale.

DUQUE

Adelante. Iniciemos ya los ritos
que habrán de concluir en regocijo.

Sale [*con todos menos* ROSALINA].

ROSALINA

No es costumbre que la dama haga el epílogo, pero no es más inapropiado que ver al hombre en el prólogo. Si es verdad que al buen vino le sobra el reclamo, también es verdad que a la buena comedia le sobra el epílogo. Y, sin embargo, el buen vino se anuncia y la buena comedia mejora con un buen epílogo. Yo ahora estoy en un aprieto, pues no traigo un buen epílogo y no puedo predisponeros en favor de la comedia; no llevo ropa de pobre y no puedo mendigar. Pero puedo conjurar, y empezaré con las mujeres. Yo os conjuro, ¡oh, mujeres!, por vuestro amor a los hombres, que gocéis esta comedia todo lo que gustéis. Y yo os conjuro, hombres, por vuestro amor a las mujeres (y a juzgar por vuestras sonrisitas ninguno las odia) que, junto con las mujeres, gocéis con la comedia. Si estuviera entre vosotros, besaría a cuantos tuvieran barba que me gustase, cara que me agradase y aliento que no ofendiese. Y no dudo que, en agradecimiento, los que tengáis buena barba, buena cara o buen aliento, cuando os haga la reverencia, me daréis un buen adiós.

Sale.